



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Yo te quiero Laferrere : el fútbol y el territorio en la construcción de la identidad de los sectores populares

Autores (en el caso de tesis y directores):

Ailín Georgina Kessel

Javier Palma, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2016

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





UBA Sociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Yo te quiero LaFerrere

El fútbol y el territorio en la construcción de la identidad de los sectores populares

Tesina de Grado – Informe de Investigación

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Autor: Ailín Georgina Kessel - DNI 32267103

Contacto: kessel.ailin@gmail.com – 1564868318

Tutor: Javier Palma

Contacto: subjep@yahoo.com – 1556955828

Febrero de 2016

A esa banda amiga que me aguanta el corazón. A mi vieja, que me metió en la cabeza cuando era una piba que pase lo que pase tengo que terminar lo que empecé. Y fundamentalmente a mi hija, Eva, que es a la vida lo que Messi al fútbol: una enana mágica.

Yo te quiero Laferrere

El fútbol y el territorio en la construcción de la identidad de los sectores populares

Índice.....	3
Introducción.....	5
Estado del Arte (o porqué es pertinente seguir hablando de fútbol en la carrera de Ciencias de la Comunicación Social).....	6
Algunos conceptos fundamentales.....	9
Entrevistas y etnografía militante: Metodología de Investigación.....	13
Lo que vendrá (o presentación de los capítulos por venir).....	13
 Capítulo 1. La(s) fundacion(es).....	15
1.1 La Ciudad.....	16
1.2 El Club.....	18
1.3 El Barrio, el Club y su función social.....	22
 Capítulo 2. La construcción de las narrativas del “ser laferrerense”.....	27
2.1 A nosotros siempre nos toca la peor parte (o la narrativa del sentido comunitario).....	30
2.2 No tiene Jefes no tiene ningún capo (o la narrativa de la horizontalidad).....	35
2.3 Garrafa: la gambeta, el pibe y la villa (o la narrativa plebeya).....	38
2.4 Algunas conclusiones, que no clausuras.....	44
 Capítulo 3. De villeros y paredones: el territorio en la construcción del ser laferrerense.....	45
3.1. Los paredones: Pequeño Barrio versus Gran Barrio.....	47
3.2 Territorio y representatividad.....	55
3.3 La conquista del territorio.....	57
3.4 Los villeros: el plebeyismo del ser laferrerense.....	60
 Capítulo 4. La hinchada: Son todos guapos se la aguantan de verdad....	64
4.1. La Barra Brava más grande país.....	68

4.2. Independencia económica y soberanía política (o el plebeyismo en las representaciones de la hinchada).....	73
4.3 Construyendo legitimidades: de la Eterna Banda Villera a los Barrios Unidos (o la importancia del territorio en la construcción de la nueva <i>hinchada</i>).....	76
Conclusiones.....	81
¿Entonces, en qué quedamos?.....	81
Las preguntas que quedan abiertas: el ser laferrerense y la identidad villera.....	84
Para finalizar: la necesidad de una salida (política).....	86
Bibliografía.....	88

Yo te quiero LaFerrere

El fútbol y el territorio en la construcción de la identidad de los sectores populares

“El fútbol, espacio de la identidad cálida que sólo pide una inversión de pasión a cambio de un relato de pertenencia sin mayores riesgos, se torna identidad primaria; no un relato entre otros, sino el único sentido –trágico- de la vida”

Pablo Alabarces

Introducción

En este trabajo de investigación nos proponemos dar cuenta del modo en que el fútbol y el territorio se constituyen como ejes fundamentales en la construcción de la identidad de los sectores populares. Nuestra hipótesis de trabajo es que la identidad barrial auto referida como “el ser laferrerense” (sobre la que versa esta investigación) se construye en torno a los sentidos del territorio, y que el club barrial de fútbol operó como un catalizador donde estos sentidos se consolidaron en fuertes narrativas de identidad.

Estamos convencidos que el fútbol es una práctica social que aparece y deja marcas en la constitución de las identidades de los sectores populares. Que ahondar en los sentidos que se generan en torno a su práctica y sus instituciones constituye una puerta de entrada para abordar nuestro objeto de estudio: la hinchada del Club Social y Cultural Deportivo LaFerrere, un club del tercer cordón del conurbano bonaerense nacido en los años ´50 que actualmente juega en la Primera C Nacional.

Nos proponemos abordar nuestro objeto dando cuenta de las condiciones históricas en las que aparece, de sus prácticas, de sus narrativas, de su relación con el territorio y con las instituciones. En el fútbol, como fenómeno deportivo y como espectáculo de masas, se expresan un conjunto de prácticas y representaciones donde las identidades masculinas encontraron una arena de disputa y un campo de exhibición.

En nuestro trabajo, el fútbol constituye un medio para llegar a otro lugar, una forma de entrada para dar cuenta de lo que aquí importa: cómo se

conforman, cómo construyen sentido los sectores populares. Creemos, con seguridad, que estas identidades se encuentran “atravesadas por el fútbol como causa primera” (Alabarces, 2008: 27).

Estado del Arte (o porqué es pertinente seguir hablando de fútbol en la carrera de Ciencias de la Comunicación Social)

Esta investigación busca hacer un nuevo aporte a un campo que ya ha sido largamente trabajado en las Ciencias Sociales: las hinchadas de fútbol argentino. En los años ´80 Archetti afirmó en sus textos (considerados fundantes en el campo) que indagando en el mundo simbólico del fútbol es posible dar cuenta de los aspectos centrales de la cultura y el ethos nacional (1985). Desde su exilio obligado en Noruega, Archetti señaló los puntos de contacto entre el machismo, la violencia y el autoritarismo argentinos con el fútbol, como un constructor de narrativas asociadas a la masculinidad. Y ya en ese entonces, hace más de 30 años, llamó la atención sobre la legitimación de las prácticas violentas al interior de ese mundo masculino (Archetti, 2003).

En 1996, Alabarces y Rodríguez publicaron “Cuestión de pelotas”, en lo que ellos mismos señalan como un eco tardío de los estudios inaugurados por Archetti, decididos a abordar la violencia como fenómeno social en el fútbol. Sobre finales de los años ´90, y en paralelo con algunas publicaciones académicas, Alabarces, Garriga Zucal y Moreira desarrollaron una teoría general del “aguante”: Garriga Zucal y Moreira, desde la antropología, sumaron al campo su experiencia etnográfica en las hinchadas de Colegiales y de Independiente, respectivamente.

A principios de los años 2000 los estudios en la materia comenzaron a ampliarse, de la mano de jóvenes investigadores de la Carrera de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad de Buenos Aires, que se sumaban a los equipos de investigación del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva conducido por Alabarces.

En 2002, por su parte, Gil publicó “Fútbol e Identidades locales”, en el cual investiga el porqué del fracaso del proyecto económico que buscaba convertir a Aldosivi en el club insignia de la Ciudad de Mar del Plata.

También en ese año Alabarces publicó “Fútbol y Patria”, un pormenorizado análisis del fútbol como operador de las narrativas de la patria, y en 2004, la primera edición de “Crónicas del Aguante”, que se convertiría en un adelanto de “Hinchadas”, publicado en 2005. Este último es un compendio de las investigaciones sobre el fútbol, la violencia y el aguante de más de diez investigadores, provenientes de diversas disciplinas, con diferentes abordajes, donde se destacan trabajos etnográficos, análisis discursivos, e investigaciones sobre la relación de las hinchadas con las instituciones (entre ellas, la policía).

En 2006, Garriga Zucal publicó “Haciendo amigos a las piñas”, producto de su trabajo etnográfico con la hinchada de Huracán. En este volumen, Garriga Zucal describe largamente las relaciones que se establecen al interior de la hinchada, y también, la extensa red de intercambio de bienes simbólicos que se establecen hacia adentro y afuera de la misma.

En 2011, Julio Frydenberg publica su “Historia Social del Fútbol”, y confirma (nuevamente) la hipótesis de Archetti: el fútbol, en su práctica y en las instituciones que se consolidan en torno a esta, permite dar cuenta de la construcción de las identidades en los sectores populares. O más aún, es uno de los núcleos constitutivos de esas identidades.

Otros tesis de la Carrera de Ciencias de la Comunicación también han retomado estos problemas. Tal es el caso de Sebastián Enrique Bezzo, quien se mete en las complejas relaciones entre los medios, la política y el fútbol. Para hacerlo, toma el caso paradigmático de la final entre Independiente y Liverpool (otro caso de etnografía de un nativo, otro “hincha – investigador”) para analizar cómo se construyeron los discursos en los medios gráficos, teniendo en cuenta el contexto histórico imperante: la Guerra de Malvinas. (Bezzo, 2011); y el de Tomás Doynel, quien en “El aguante 2.0” (Doynel, 2011), recorre las redes sociales buscando reconstruir las prácticas del aguante.

En 2012 se reeditó *Crónicas del Aguante*, y en 2014 Alabarces publicó *“Héroes, Machos y Patriotas”*. Este último trabajo, con la intención de ser una lectura deliberadamente más accesible, busca una vez más instalar el debate en la sociedad. Porque el fútbol, atravesado por la lógica del aguante como moral masculina y plebeya, no para de producir muertes. A la fecha, según la ONG *“Salvemos al fútbol”*, son 310.

Este trabajo se propone aportar a esta problemática, al complejo entramado de relaciones entre fútbol, violencia e identidades de los sectores populares. Nos proponemos un abordaje comunicacional, retomando el enfoque interaccional de la comunicación. Afirmamos con Watzlawick (1985) que todo comportamiento es una forma de comunicación, que “no es posible no comunicarse”. Observamos entonces cómo las formas en que los hinchas se apropian del espacio público (y las marcas que dejan al hacerlo), las jerarquías que construyen en torno a las identidades territoriales, la apropiación de ciertas narrativas de identidad (y las transformaciones que operan en ellas al apropiárselas), sus cuerpos, y también, las representaciones que estos hinchas realizan de sí mismos y de los demás comunican sentidos, nos permiten dar cuenta de procesos de construcción identitarios profundamente complejos.

En este trabajo es fundamental el carácter del investigador nativo, del hinchista investigador (Gil, 2002: 41): se trata aquí de aportar a un campo desde la mirada del nativo, con las herramientas del cientista social. Buscamos, quizás un poco sin querer, hacerle justicia a esa hinchada estigmatizada (como todas), mostrando que no se trata de la animalidad o la cantidad de personas lo que la describe en su particularidad, sino que laten en su identidad fuertes narrativas basadas en la solidaridad y el sentido comunitario, operando en un universo social regido por una lógica implacable, la del aguante.

Algunos conceptos fundamentales

Nuestro campo de estudio es, como señalamos más arriba, el de las hinchadas de fútbol argentino. Un *campo* es definido, según Bourdieu “por la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación. (...) Se define por aquello que está en juego y los intereses específicos (...) que no percibirá alguien que no haya sido construido para entrar en ese campo” (1990: 13, 109).

Entendemos, con Bourdieu, que la estructura de un campo es el estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha o, bien, de la distribución del capital específico que ha sido acumulado. Creemos que en este campo el honor y la violencia son capitales específicos que se ponen en juego en la lógica del aguante, y adquieren sentido en una lógica basada en códigos de honor, lealtades, compañerismo y solidaridad, así como también de piñas, golpes, consumos abusivos de alcohol y estupefacientes, y determinados modelos corporales.

El *aguante* es entendido en este trabajo como un capital simbólico en disputa al interior de nuestro campo. Bourdieu describe al *capital simbólico* como “...cualquier propiedad (cualquier tipo de capital físico, económico, cultural, social) cuando es percibida por agentes sociales cuyas categorías de percepción son de tal naturaleza que les permite conocerla (distinguir la) y reconocerla, conferirle algún valor” (1997: 108). Su posesión se ejerce a través de la violencia física: es una disputa material que otorga un bien simbólico. Es aceptado y reconocido por quienes lo disputan.

La opción teórica por las herramientas de la teoría bourdieana es aquí deliberada: al decir de Garriga Zucal (2010), se elige hablar del aguante como capital y ponerlo a jugar el juego de los capitales. Esto permite analizar las relaciones y jerarquías que se establecen en el campo de las hinchadas, pero al mismo tiempo, nos abre la posibilidad de ahondar en las relaciones que se establecen más allá de él, para dar cuenta de sus relaciones con otros actores e instituciones fuera del mismo.

La territorialidad es otro eje de nuestra investigación. Entenderemos al *territorio* como “una entidad espacial que constituye un elemento específico,

cuya lógica expresa una identidad” (Ortiz, 1998: 32). Se trata, para Ortiz, de un conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados: lo local, lo nacional y lo global desterritorializan y vuelven a re territorializar ese espacio social. El ser local, siempre vinculado a lo auténtico (en este caso, la construcción nativa del ser laferrense), no existe ni podría existir como tal. Porque las identidades son complejos entramados relacionales.

Las *identidades* son entendidas en este trabajo como el resultado de prácticas sociales. Y creemos que es posible analizar su constitución en las instituciones sociales que construyen los sectores populares: es en ellas donde se da “la transformación de la experiencia individual primaria en experiencia social compartida” (Gutiérrez y Romero, 2007: 13).

Entenderemos entonces a las identidades como procesos dinámicos, relacionales, históricos y a la vez situacionales (Marcus, 2011), en permanente tensión y construcción negociada, donde existe un permanente reconocimiento de un nosotros y de un ellos, con una permanente referencia a la alteridad, presente o ausente, real o imaginaria.

Tomamos a continuación la definición de Ortiz en “Otro territorio” del concepto de identidad:

...al decir que (la identidad) es una construcción simbólica, estoy afirmando que es un producto de la historia de los hombres. Esto me permite indagar acerca de los artífices de esta construcción, los diferentes grupos sociales que la sostienen, los intereses que ocultan, las relaciones sociales que prescribe. Es posible operar con un cuadro en el cual coexisten un conjunto de identidades en competencia y conflicto (1998: 52).

Apostamos, al igual que Ortiz, a considerar a las identidades como relacionales, conflictivas, pero sobre todo, profundamente enmarcadas en los espacios sociales donde nacen y disputan su legitimidad. Al respecto,

Alabarces señala la posibilidad de utilizar al fútbol como vía de acceso, como excusa, para analizar estos procesos:

...Afirmar que el fútbol tiene que ver con las identidades personales – de cada sujeto- o colectivas- de una comunidad barrial, de una ciudad, de un pueblo, de un país – es una obviedad. No lo es tanto, en cambio, entender con más precisión qué significa una identidad, cómo se forma, cómo cambia, qué permite y qué clausura, qué tiene que ver con el fútbol – o, mejor, qué tiene que ver el fútbol con estos fenómenos- y más crucialmente, cómo han cambiado esas identidades estos años (2014. 31).

Por último, señalamos la importancia de las narrativas como elementos fundamentales de la construcción de las identidades. Elegimos aquí hablar de *narrativas*, en plural, entendiendo que en ellas es posible leer procesos de construcción de sentido, usos, luchas por la construcción de las identidades y las disputas por su legitimidad, que siempre son históricas y relacionales.

No son las narrativas las que interesan en sí mismas, sino, el uso que los actores sociales hacen de ellas, y la compleja imbricación que se teje entre ellas y las identidades de las que aquí se quiere dar cuenta: “[la narrativa] adquiere sentido sólo en un contexto social y, a la vez, contribuye a la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los sujetos” (Contursi y Ferro. 2000: 101).

Creemos que las narrativas cumplen un rol fundamental en la construcción de estas identidades, ya que “la identidad se construye a través del relato, al dar un orden (el de la trama) al conjunto de acontecimientos contingentes que conforman nuestra existencia” (Marcus, 2011: 110). Las narrativas no se entienden aquí como simples relatos de experiencia, sino como potentes estructuradores de las acciones posibles (o no posibles) al interior de un espacio social. Esto es largamente trabajado por Alabarces (2008), quien señala:

(Las narrativas) son una manera de y un lugar adecuados para leer (...) las formas en que esos hombres y mujeres se representan el pasado – a través de la memoria, no necesariamente conservadora- y el presente, y cómo postulan su futuro (Alabarces 2008: 28).

El análisis de las narrativas, afirmamos entonces, que circulan en textos diversos (relatos orales, canciones, pintadas, textos y comunicados de las subcomisiones, etc.) interesa en tanto se convierten en la puerta de entrada a los imaginarios de los sectores populares, determinan prácticas legítimas e ilegítimas, y permiten dar cuenta de cómo éstos se comportan y se transforman en un momento histórico determinado.

De esto se trata este trabajo, de recorrer las narrativas de fundación y de constitución de esa identidad barrial imbricada en una identidad futbolística, para dar cuenta de las características de la hinchada del Deportivo Laferrere, y así, con ella, de la construcción de los sentidos de los sectores populares, en los que el fútbol aparece una y otra vez.

Tal como se verá en las páginas siguientes, las identidades analizadas tienen en su haber una larga carga de elementos estigmatizantes (“villeros”, “violentos”, “negros”) que son apropiados por los hinchas y reivindicados positivamente, puestos en juego en la lógica del “aguante”, lógica que rige las prácticas del fútbol argentino desde hace, al menos, 50 años.

Entrevistas y etnografía militante: Metodología de Investigación

La investigación se realizó en el período 2013 - 2015, con entrevistas a hinchas, socios vitalicios, miembros de la comisión directiva, parte de la *hinchada*¹, jugadores y ex jugadores.

Se siguió la presencia del club en los medios, las publicaciones de su página *web*, y las publicaciones de sus redes sociales, Facebook y Twitter, y se realizó observación participante en el Estadio Ciudad de LaFerrere.

Se recorrió el territorio, buscando las marcas de esas identidades partidas por los localismos y atravesadas por las relaciones con la política en las calles y en las paredes.

Tuvimos charlas informales con hinchas, algunas en el Polideportivo, y en los momentos previos al ingreso al estadio. Algunas veces, los encuentros fueron casuales en las inmediaciones del club o en alguna actividad convocada por la Comisión Directiva.

Lo que vendrá (o presentación de los capítulos por venir)

En el primer capítulo de este trabajo, “La(s) fundación(es)” se analiza el contexto histórico del nacimiento del club, poniéndolo en relación con los procesos históricos y políticos. Se indaga en su rol social y la importancia de su desarrollo para la consolidación de la identidad local.

En el segundo capítulo “La construcción de las narrativas del ser laferrerense” se analiza cómo los hinchas del Deportivo LaFerrere se representan a sí mismos, cómo construyen un nosotros y un ellos, y qué usos han hecho y hacen de esas construcciones desde su fundación hasta la actualidad.

¹ Se utiliza *hinchada* (con itálicas) aquí para referirse al grupo de hinchas organizados habitualmente llamados “barra brava”. Más adelante, se trabajará sobre la opción por este término nativo y no otros, sus implicancias teóricas y las apuestas que conlleva.

En el tercer capítulo “De villeros y paredones” se analiza la importancia de la territorialidad en la constitución de la identidad de la hinchada. Se da cuenta de las transformaciones en el espacio social y cómo estas han repercutido en su identidad, estableciendo áreas de disputa y legitimidades.

Por último, en el cuarto capítulo “La hinchada”, se analizan las prácticas y representaciones de la *hinchada*, a la luz de lógica del aguante, de la impronta territorial y de las narrativas de identidad. La apuesta de este último capítulo es ahondar en el complejo entramado de relaciones que se establecen al interior de la *hinchada* y las que esta establece hacia fuera, y cómo estas son determinadas, inexorablemente, por sus propias narrativas de identidad.

Así como Gil (2002) intenta determinar porque el público marplatense no se identificó masivamente con Aldovisi a pesar de la fuerte campaña que se realizó con ese propósito, podemos decir que este trabajo busca indagar en porqué si los “laferrerenses” se identificaron masivamente con el club, y cómo se construyó/eron esa/s identidad/es.

No para hablar de fútbol. No. Sino, como se señala más arriba, por aquello que el fútbol pone en escena. Porque creemos que en el fútbol, en sus prácticas y en las instituciones que se generan torno a ellas, se condensan gran parte de los sentidos de la cultura popular.

Capítulo 1 - La(s) fundación(es)

*“Nací en Laferrere
se lo agradezco a Dios.
Villero muchas gracias
por toda esta pasión ...”*

Existe en Gregorio de Laferrere (una ciudad de seiscientos mil habitantes emplazada en el corazón de La Matanza, tercer cordón del conurbano bonaerense) una misteriosa entidad llamada “el ser laferrerense”. Se refieren a ella las directoras de escuela en los actos escolares, los dirigentes de los clubes de fútbol, y hasta el mismísimo intendente local lo hace cuando de ensalzar sus cualidades se trata.

Nadie, sin embargo, se ha preguntado por ella hasta ahora, como lo hacemos nosotros, con ciertas pretensiones académicas.

Pues bien. ¿Qué es ese “ser laferrerense”? En primera instancia, se trata de una identidad barrial auto referida, un término nativo que condensa sobre sí mismo todas las representaciones, las instituciones y prácticas de sus habitantes. En ninguna de las otras catorce ciudades que componen La Matanza existe una construcción identitaria con esa fortaleza. No existe un “ser sanjustence”, un “ser virreydelpinense” o un “ser gonzalezcatanense”.

Se trata de una construcción nativa, esencialista, una identidad idealizada (Ortiz, 1998: 30) que condensa sobre sí misma una reconfortante idea de seguridad, de lo que está bien definido o delimitado para quienes se sienten parte de ella.

En segunda instancia, se trata de nuestra puerta de entrada para responder a la pregunta sobre cómo construyen sentido los sectores populares. Porque el “ser laferrerense” constituye y está, al mismo tiempo, constituido por los actores sociales sobre los cuales versa nuestro trabajo: los hinchas del Deportivo Laferrere.

El Deportivo Laferrere es parte fundamental de esa identidad barrial de la que queremos dar cuenta. Pero para poder hacerlo debemos desentramarlas: las identidades, lejos del carácter esencialista que se les asigna en sus espacios sociales nativos, son procesos relacionales, lugares de disputas permanentes. Y para eso, comenzaremos este trabajo poniendo a la ciudad y su nacimiento en su contexto histórico y político, para luego analizar el rol que el club cumplió, durante sus primeros años de vida, para la consolidación de esa identidad barrial

1.1 La ciudad

La Ciudad de Laferrere se fundó en 1911, en los alrededores de las vías del Belgrano Sur, ferrocarril que une la Capital Federal con la estación González Catán. La Matanza era en ese entonces una zona de quintas y campo, con un puñado de establecimientos industriales ubicados en el primer cordón del conurbano, en Ramos Mejía y San Justo, localidades más cercanas a la Capital Federal.

Laferrere nació producto de la solicitud que tres emprendedores realizaron al gobierno provincial para fundar un pueblo (eufemismo que ocultaba la intención de un negocio inmobiliario). Gregorio de Laferrere, Pedro Luro y Honorio Luque compraron 200 hectáreas de tierra y construyeron las primeras 20 viviendas que luego se vendieron en una subasta pública.

A diferencia de otras ciudades, donde las comunidades se asentaban en los alrededores de una fábrica (como el Barrio Mercedes Benz en Virrey del Pino, el Barrio Borgward en Casanova o la Hilandería Danubio en Ramos Mejía) y constituían una identidad barrial donde los sentidos relacionados al mundo del trabajo jugaban un rol preponderante, Gregorio de Laferrere surge de un emprendimiento económico, con habitantes provenientes de diversos lugares y orígenes sociales. Mayoritariamente de clase media trabajadora, ciertamente cultora de la movilidad social ascendente característica de los albores del siglo XX.

Consecuentemente, a lo largo de los primeros años de la Ciudad las instituciones donde se desarrollaba la vida social constituyeron un fuerte operador de identidad local. Podemos señalar que en Gregorio de Laferrere se dio un proceso muy similar al que señala Frydenberg (2011) para la Ciudad de Buenos Aires y otros lugares del conurbano bonaerense: los clubes sociales y los equipos de fútbol funcionaron como ámbitos de socialización donde se forjaba un fuerte sentido de pertenencia y de territorialidad.

José González, vecino fundador de la ciudad y socio vitalicio del Club², describe los inicios de la localidad de la siguiente manera:

“Cuando yo llegué a Laferrere, no existía la ciudad, era casi una villa, de una, dos cuadras que había alrededor de la estación. Las casas, por manzana había cuatro. Había gente de posición económica buena. No era un pueblo, era una zona de quintas. (...) Compramos un terreno, (...) Y yo pagaba 80, 90, 95 pesos por mes. La gente comenzó a venir, con lo que tenía. Y se empezó a construir, empezaron a abrir corralones. Pero no había nada. No había luz, no había gas, no había colegios. Nos teníamos que manejar con sol de noche” (Entrevista personal con el autor, 2014).

González hace hincapié en el origen social de los primeros pobladores, marcando su origen de clase media, y la inexistencia de instituciones ni servicios al momento de su fundación. Como se verá más adelante, este tipo de relatos abunda en las narrativas de la fundación de la Ciudad, donde la ausencia de instituciones y el escaso acceso a los servicios públicos narrados conlleva implícita la idea de “a Laferrere lo hicimos nosotros”³.

El crecimiento de la Ciudad de Laferrere fue desparejo. El momento de su nacimiento coincide con el asentamiento de las corrientes migratorias en los grandes centros urbanos: los primeros habitantes del nuevo pueblo eran en su

² José González es el presidente de la Subcomisión de Socios Vitalicios del Club. Muestra en nuestros encuentros, orgullosamente, que su carnet de afiliación es el Número 2.

³ Esto se desarrollará en el Capítulo 2: “La construcción de las narrativas del ser laferrerense”

mayoría migrantes europeos (italianos, más que otros) y del interior del país que encontraban en los remates la posibilidad de comprar un terreno a pagar en cuotas. Recién en 1922, diez años después del emprendimiento económico que estableció su fundación, se asentó allí la primera escuela primaria, la Número 19. Veinte años más tarde, en 1943, se realizó el primer remate masivo de tierras, a precios accesibles y en cuotas, y fue a partir de ese momento que el pueblo comenzó a crecer y expandirse a gran escala.

Durante la década del 50 se dio la mayor expansión de la población, favorecida por la mejora en las condiciones del transporte público y de la Ruta Nacional N°3. Por esos años se fundó también la primera iglesia católica de la localidad.

Las instituciones necesarias para el desarrollo de la comunidad ya estaban casi completas: la Ciudad contaba ya con una escuela y una iglesia. Un año después de la aparición de la iglesia, se inauguraba el primer destacamento policial.

En línea con la fundación de las instituciones y en el contexto de la expansión de la Ciudad, en 1956 se fundó el Club Sportivo Laferrere, que se convertiría, años después, en el Club Social y Cultural Deportivo Laferrere.

1.2 El Club

El Club Sportivo Laferrere se fundó oficialmente 45 años después que el pueblo, en 1956. La gran cantidad de inmigrantes italianos que participaron de su fundación hizo que el equipo fuese conocido como “el equipo de los tanos” durante sus primeros años de vida. Según relata González, socio vitalicio (y porteño él), fue una pulseada muy importante la del nombre, que ganaron por mayoría “los tanos”, quedando asentado el italiano “Sportivo” en las primeras actas, en lugar de un más local “Deportivo”.

La aparición del club es tardía en relación a la mayoría de los clubes de fútbol argentinos, cuyas fundaciones se producen entre finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX (Frydenberg, 2011), pero esto se debe a que coincide

con la fundación de la Ciudad, que se establece medio siglo después de la consolidación de los principales cascos urbanos porteños.

La formación del equipo se dio en simultáneo con el momento de mayor expansión de la localidad, por lo que es posible afirmar que la misma fue una de las estrategias de socialización que se utilizaron para consolidar los lazos entre los miembros de la comunidad.

Cuenta la historia oficial desde la página *web* de la institución, que en 1954 un grupo de vecinos de lo que entonces era un pueblo en pleno crecimiento, la mayoría de ellos italianos, se reunieron para fundar un equipo cuyo objetivo era simplemente jugar al fútbol. El “equipo de Los Tanos”, como era llamado en ese entonces, fue creciendo hasta conformarse oficialmente como club, dos años más tarde.

En el momento histórico de su fundación, un año después del derrocamiento del peronismo, los relatos del Estado de Bienestar y los derechos laborales entraban definitivamente en crisis junto con la economía argentina. Y el fútbol (y sus instituciones) que ya había comenzado a funcionar como un fuerte operador de nacionalidad en los años 20, cobraría mayor preponderancia como eje aglutinante de las identidades masculinas (Archetti, 1985), en el contexto de la retracción de otros ejes posibles, como el mundo del trabajo, la fábrica, el sindicato, etc. (Alabarces, 2008: 27).

Es decir, en el contexto de la proscripción del peronismo, con los sindicatos intervenidos y un férreo control social, los clubes y sociedades de fomento se constituyeron como una vía posible de socialización donde aún existía cierto grado de libertad.

Hasta 1978 obtuvo 3 campeonatos en la Liga Laferrense de fútbol, en 1962, 1965 y 1975. En ese año el Sportivo cambió su nombre al Deportivo Laferriere para hacer su ingreso a las ligas oficiales de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA). Ya en las ligas oficiales, ascendió cuatro categorías en 5 años entre 1986 y 1992. En 1994 descendió por primera vez, en 1998 entró en quiebra y descendió por segunda vez. En el año 2002 ascendió por última vez

en su historia, para descender nuevamente en año 2006. Desde esa fecha, milita la cuarta categoría del fútbol argentino, la Primera C.

El Deportivo no fue el primero, sino uno de los últimos clubes en fundarse en la zona. Desde 1949 hasta 1955 se habían conformado en Laferrere y zonas aledañas varios más: Alumni de Ciudad Evita, Stella Della Italia, Glorias Argentinas, Vicente López, 25 de Mayo y Liverpool. Varios de estos clubes siguen existiendo en la actualidad y participan en los torneos de las ligas locales.

A pesar de la existencia de otros clubes locales nacidos en simultáneo y con unas condiciones de fundación muy similares, el Deportivo Laferrere fue el único que logró arraigarse en la identidad de los habitantes de la Ciudad. “Lafe”, “El Verde”, “El villero” es, parafraseando las definiciones nativas, un club “grande por su gente” y no por su trayectoria. Sus escasos logros deportivos en las ligas oficiales se contraponen a la masividad de su hinchada y ocupa simbólicamente un lugar fundamental en la constitución de la identidad del “ser laferrerense” que ningún otro club pudo lograr.

Es posible que su inscripción en la AFA para participar en las ligas mayores, en los años 70, haya constituido el factor determinante en este proceso de identificación. El club de barrio, a pesar de sus escasos logros deportivos, se había inscripto en las ligas oficiales y eso lo posicionaba como representante de los sentidos vinculados a lo propio frente a lo ajeno, lo no propio, los otros. Postuló un “nosotros” vinculado al territorio, al barrio, que debía ser defendido ante “otros”, rivales en la contienda futbolística.

En relación a lo señalado arriba, Frydenberg refuerza esta idea cuando señala que en el ingreso al mundo competitivo y el éxito deportivo primaba un “sentimiento de la defensa de lo pequeño, lo grupal y lo vecinal. La práctica futbolística fue así transformándose en vehículo de reconocimiento de lo propio y de lo ajeno, percibido esto último como amenazante” (2011: 79).

Los socios entrevistados y la reseña oficial del club que se exhibe en su página web señalan que la decisión de entrar a la AFA fue una determinación difícil por lo que ésta significaba en términos de inversión económica y

cumplimiento de las exigencias oficiales. Sin embargo, entendemos que fue este ingreso el que marcó una diferencia con respecto a los otros clubes de barrio, que siguen existiendo pero permanecieron en la ignominia de las ligas barriales o no oficiales. La identificación masiva con el club reside, básicamente, en que los torneos del ascenso ofrecen un lugar mucho más amplio y complejo para disputar los sentidos de la masculinidad y el territorio, que es el campo de las *hinchadas* del fútbol argentino.

En este campo comenzó a configurarse una identidad futbolística muy ligada a lo barrial, que consolidó un “nosotros” por oposición a los equipos rivales. Rápidamente comenzaron a nacer los clásicos. Por cercanía física, Chicago, Deportivo Morón y Almirante Brown se consolidaron como “otros” legítimos. Sobre todo este último, teniendo en cuenta que es considerado “el otro” club grande de La Matanza. Tal como señala Frydenberg sobre el surgimiento de las rivalidades “el contendiente más hostil era generalmente el vecino más cercano” (2011: 105).

En los encuentros deportivos que ocurrían cuando ambos militaban en la misma categoría, la hinchada del Deportivo Laferriere caminaba en caravana desde la propia sede hasta la sede del club rival, para mostrar su “aguante”, tema que será tratado largamente en el cuarto capítulo de este trabajo.

La territorialidad jugó un rol preponderante en la construcción de la identidad del hincha del Deportivo Laferriere. Sobre todo, teniendo en cuenta que la construcción de la propia identidad necesita ponerse en una relación de alteridad con (algún) otro. Y en este caso, tal como se señala más arriba, los rivales futbolísticos con mayores cercanías territoriales se construyeron rápidamente como ese “ellos”. Grimson señala al respecto que “el primer elemento de toda identificación es su carácter relacional: al mismo tiempo que establece un “nosotros” define un ellos” (2001).

Es posible aseverar, entonces, que fue el ingreso del Deportivo a las ligas oficiales el factor determinante para que se consolidara un “nosotros” fuertemente arraigado a lo barrial, al territorio propio, frente a un “ellos” no-barrial que forma parte (aunque no la agota) de esa identidad que señalamos al principio como el ser laferrerense. “La identidad territorial se construyó sobre la

base de la diferencia con el otro, y en muchos casos de la hostilidad hacia el vecino. La rivalidad en el fútbol (...) fue plenamente funcional al nacimiento de los imaginarios barriales” (Frydenberg, 2011: 154).

En este proceso de construcción identitario el Deportivo construyó un nosotros por oposición a “los otros”, pero también aglutinó sobre sí mismo los relatos fundacionales de la identidad local.⁴

1.3 El Barrio, el Club y su función social

El surgimiento del Deportivo Laferrere poco tiene que ver con el *fair play*⁵ y la moral deportiva impuesta por la herencia inglesa que primaba en los orígenes de los equipos de fútbol argentinos de principios del Siglo XX, sino más bien, con la apropiación de este deporte que hicieran los sectores populares suburbanos y la necesidad de conformar espacios de socialización para los habitantes de una creciente ciudad. Se coincide plenamente con la idea de que “los habitantes de las ciudades crean [sus propias] instituciones para hacer frente a sus necesidades” (Gravano, 2005: 79).

González, socio fundador, refuerza esta idea cuando resalta la importancia de la organización de actividades sociales:

“Nosotros tuvimos la necesidad de empezar a organizar algo, organizar la parte social que era muy importante. Acá había venido de cada pueblo un paisano. Yo había venido de Capital, otro de Trenque Lauquen, otro de Bolívar, y así...” (José González, entrevista personal con el autor, 2014).

⁴ Esto se desarrolla en el Capítulo 2, cuando se analicen las narrativas del “ser laferrerense”.

⁵ *Fair Play*, que significa en inglés juego limpio, es “la forma de jugar propia de aquellos que no se dejan llevar por el juego hasta el punto de olvidar que es un juego (...) ideado como una disposición aristocrática totalmente opuesta a la búsqueda plebeya de la victoria a toda costa” (Bourdieu, 1993: 63-64). Bourdieu señala que el nacimiento del *fair play* está asociado a la apropiación que las élites de la aristocracia o la alta burguesía realizaron de los juegos populares, despojándolos de sus sentidos y funciones originarios, para someterlos a la lógica del *amateurismo*: una finalidad sin un fin, una práctica desinteresada del universo masculino, utilizada para forjar el carácter y el cuerpo de los futuros líderes de la clase dominante.

Frydenberg señala que era muy común que los equipos y clubes fueran creados por los miembros de una comunidad, por ejemplo, de extranjeros: así fue el caso del primer equipo de fútbol de lo que fuera el Sportivo, que estaba conformado en su mayoría por miembros de la comunidad italiana.

En el mismo sentido, Gil señala que los clubes de fútbol nacieron creados por o cómo asociaciones civiles, sin fines de lucro, donde el objetivo fundamental era la sociabilidad, y muchas veces, reemplazando a un Estado ausente: “Se perfilaron como poderosos agentes de socialización y generadores de identidades barriales y una vida asociativa” (2002: 21).

En el caso del Deportivo Laferrere (en forma similar al de Aldosivi en relación al Puerto en el trabajo de Gil citado anteriormente) la institucionalización del Club se dio en paralelo con el crecimiento de la ciudad, por lo que el fuerte rol social que cumplió está profundamente vinculado a la necesidad de la comunidad de constituir espacios comunes, que facilitaron la creación de los relatos que constituyeron una nueva identidad, una pertenencia al nuevo “barrio”.

Francisco Pizarro, otro socio vitalicio, narra⁶ que ni bien llegó a Laferrere, proveniente de Rosario para comprar un terreno, “escuchó el ruido a pelota” y se acercó al descampado donde hoy se emplaza el estadio, que quedaba de camino hacia la estación del tren. Lo invitaron a jugar un día que faltaba uno para un picado, y automáticamente, lo hicieron socio: su carnet es el número 40.

La importancia de la vinculación afectiva con el club fue fundamental en esta etapa. Retomamos lo señalado por Frydenberg al respecto de las estrategias afectivas que se establecían entre las instituciones y sus socios:

Los clubes implementaban distintas estrategias para consolidarse, entre ellas, la gestión de diversas formas de obtener recursos y la construcción de nuevos rituales y sentidos para establecer y sostener

⁶ En una entrevista realizada por el portal www.lafepasión.com.ar.

un “vínculo afectivo” con la institución. Al poco tiempo de ser creados los clubes ya fomentaban la construcción de relatos épicos conectados con la celebración de los aniversarios y la realización de eventos que los conmemoraban (2011. 68).

El club funcionaba como un fuerte operador para la constitución de la identidad barrial: la elección del nombre del club, formalizada en 1978 para su ingreso a la AFA, confirma esta hipótesis: Club Social y Cultural Deportivo Laferrere, donde lo Social y Cultural es el elemento preponderante, mucho más que lo deportivo. Al respecto, la reseña oficial de la fundación del Deportivo Laferrere señala:

“La asamblea que dio forma a la entidad reunió a más de 40 vecinos que tenían la idea de formar un club para que se pudiera encontrar toda la familia, no solo para practicar deportes, sino también para cumplir la tarea de brindar un espacio de desarrollo social y cultural” (<http://www.deportivolaferrere.org/site/resena-futbolistica/>).

La fecha en la que se conmemora su creación también fomenta la idea del relato épico: la primera comisión directiva eligió realizar la asamblea que formalizaría su fundación un 9 de Julio.

Este tipo de actividades buscaba generar un compromiso afectivo con la institución, que excediera la práctica deportiva y vinculara emocionalmente los socios al club.

La década del ´60 sería la de la expansión del Club, con un rol preponderante en lo social: se realizaban rifas, campeonatos y picnics nocturnos organizados por la comisión de damas, festejos del carnaval y bailes multitudinarios en la sede social. Los vitalicios ponen el énfasis en que hasta trajeron a un baile a Palito Ortega (modelo imaginario de los migrantes de las provincias del interior del país, dada su condición de tucumano pobre y desdentado que llegó a triunfar a la ciudad), quien se presentó en el Deportivo,

y tuvo que ser sacado “por atrás del paredón”, es decir, escondido, dada la exaltación y masividad de la concurrencia.

Puede observarse a partir de lo expuesto hasta aquí que la constitución de los sentidos en torno a la Ciudad y al Club están atravesados por *relatos del esfuerzo comunitario y una épica de la solidaridad*, basada en los fuertes lazos de unión de la comunidad que se había constituido. Estos rasgos son característicos de los sectores populares y medios de principios del siglo pasado.

En el análisis que Hoggart realiza sobre los sectores populares ingleses a mediados del siglo XX podemos encontrar herramientas para pensar la construcción de estos rasgos de identidad barrial. La camaradería, el sentimiento de comunidad, la solidaridad, el ser un buen vecino, señala Hoggart, son los rasgos identitarios preponderantes de las comunidades urbanas de los sectores obreros en el período analizado. Este señala la importancia del hogar y del vecindario para el establecimiento del “sentimiento comunitario” y cómo “esta cohesión en ocasiones engendra el sentimiento de que el mundo de “los otros” es extraño y a menudo hostil” (1957: 79).

El análisis de Hoggart, teniendo en cuenta las enormes distancias de su objeto de estudio y el de este trabajo, plantea una serie de problemas que nos interesa aquí retomar. Fundamentalmente la idea del “sentimiento comunitario”, que no se trata, afirma, de un “sentido comunitario muy conciente” (1957: 86), ni constituye una conciencia capaz de consolidarse en transformadora de las condiciones de existencia, sino más bien, una suerte de autoestima resignada o amor propio, aferrado a sentir orgullo por valores (reales o imaginados) que se poseen en virtud de “la cotidiana evidencia de que, dadas las condiciones de vida que todos comparten, todos se encuentran en la misma situación” (1957: 85). Es decir, ese sentido de comunidad no contiene potencialidad política ni vocación transformadora, es la aceptación de “pertenecer irremediamente a un grupo, del calor y la seguridad que esa certeza puede dar” (1957:86).

En Hoggart, los “otros” son aquellos miembros de otras clases sociales, sectores medios o altos, pero fundamentalmente, los ajenos al territorio propio. De hecho, señala la aceptación que los nativos realizan de estos actores

cuando se convierten en parte del paisaje cotidiano: el Doctor o el Maestro *del* barrio son actores aceptados en la comunidad. Nunca serán parte del nosotros, pero sí, se tendrá con ellos un trato diferencial que con el resto de los de su clase.

Esto es muy parecido a lo que sucede con la construcción del otro en relación a la identidad barrial que se autoproclama como el ser laferrerense: la construcción del nosotros está relacionada con los límites territoriales, los otros, o “ellos”, como los llama Hoggart, son aquellos que no pertenecen al mundo barrial, que están por fuera del territorio sentido como propio: los sentidos se construyen, en ambos casos, con el territorio como mediación.

Estos sentidos del territorio y lo comunitario se fueron consolidaron, desde sus orígenes, en fuertes narrativas fundacionales del “ser laferrerense”. El fútbol, en su práctica y sus instituciones, fue parte de esa construcción y consolidó en el Deportivo Laferrere gran parte de estas narrativas. En el próximo capítulo se analizará como éstas se constituyeron, se arraigaron y aparecen una y otra vez en la identidad de los hinchas del Deportivo Laferrere.

Capítulo 2. La construcción de las narrativas del “ser Laferrerense”

La identidad es una narrativa de sí mismo, es la historia que nos contamos de nosotros mismos para saber quienes somos.

Stuart Hall

En este Capítulo volvemos sobre la pregunta que nos hicimos al comienzo de este trabajo. ¿Qué es el ser laferrerense? Ya aventuramos una respuesta: es el término nativo que nombra a una identidad barrial auto referida, una serie de prácticas y representaciones que encuentra sus orígenes en la fundación de la Ciudad de Laferrere y ha impregnado de sentido al Club Social y Cultural Deportivo Laferrere.

Estamos convencidos de que indagar en las narrativas que dan cuerpo a esa identidad nos permitirá conocer cómo los hinchas del Deportivo Laferrere construyen sus identidades y al hacerlo, se construyen a si mismos.

Para definir a las narrativas retomamos el trabajo de Ferro y Contursi (2006) en el que se describen como “la modalidad más importante a través de la cual se atribuye significado a la experiencia. (...) el significado narrativo resulta un proceso cognitivo que organiza la experiencia en episodios temporalmente significativos” (2006: 16).

Es decir, las narrativas son secuencias que organizan la experiencia individual y colectiva y le asignan valor simbólico. Y así como le dan sentido a la experiencia, al pasado, también construyen su capacidad performativa: las narrativas actúan como los andamiajes que estructuran representaciones y prácticas legítimas al interior de una comunidad. “Se convierte en una explicación convincente, justificadora, “tranquilizadora”, portadora de inteligibilidad, “comprensiva” del presente” (Contursi y Ferro, 2006: 61).

Siguiendo esta línea argumentativa podemos afirmar que la identidad es, entonces, un discurso que se construye a partir de narrativas que estructuran representaciones y significaciones. Para profundizar en esta conceptualización, retomamos a Hall (2010), que describe el concepto de “nación” como una narrativa, y la define de la siguiente manera:

(...) la narrativa de la nación, como se cuenta y se vuelve a contar en la historia nacional, las literaturas, los medios y en la cultura popular. Estas proveen un grupo de historias, imágenes, paisajes, escenarios, eventos históricos, símbolos nacionales y rituales que significan o representan las experiencias compartidas, las penas, los triunfos y los desastres que dan significado a la nación. Como miembros de tal “comunidad imaginada” nos vemos a nosotros mismos en nuestra imaginación como compartiendo esta narrativa. Ella da significado e importancia a nuestra existencia monótona, conectando nuestras vidas cotidianas con un destino nacional que existió antes que nosotros y nos sobrevivirá (Hall, 2010: 381 -382).

Esta definición nos permite caracterizar el concepto de narrativa. No se trata aquí de traspolar la narrativa de la nación como la define Hall a las del ser laferrerense, sino de recuperar los elementos que la componen en función de nuestra problemática y poder así, elaborar, o más bien, re elaborar el complejo concepto que tomamos como punto de partida para nuestro análisis. Entendemos, siguiendo a Hall, que la identidad que buscamos reconstruir, el ser laferrerense, es compartida por una comunidad local, y está basada en narrativas que se componen de un grupo de historias, imaginarios, eventos históricos, símbolos y rituales que le da sentido e importancia a su existencia.

Sin embargo, estas narrativas no se encuentran fácilmente en la superficie discursiva. Es necesario reconstruirlas a partir de los relatos, de las marcas que aparecen en los discursos, en los diversos textos que circulan en esa comunidad. Alabarces (2008), quien trabaja con las narrativas futbolísticas sobre la identidad nacional, señala al respecto:

La construcción de las narrativas resulta así un proceso múltiple y complejo, de producción, circulación y reconocimiento de textos diversos. Y las narrativas mismas se vuelven objetos a través de los cuales podemos producir una indagación sobre los imaginarios sociales hegemónicos o subalternos, centrales o periféricos, en momentos históricos determinados (2008: 32).

En este capítulo analizamos los diversos textos que componen este corpus: textos publicados en la página *web* del club, entrevistas realizadas con diferentes actores de la institución, los cantitos de la hinchada, a la luz de tres narrativas fuertemente arraigadas a la identidad del hincha del Deportivo Laferriere: la narrativa del sentimiento comunitario, la horizontalidad y la plebeya.

Creemos que el fútbol y su liturgia es un lugar donde las identidades se ponen en escena, y que las narrativas futbolísticas sobre la identidad (no nacional, en este caso, sino local) se vuelven un objeto a partir del cual es posible dar cuenta de la construcción de la identidad en los sectores populares (Archetti 1985; Alabarces 2002).

Entendemos que la identidad es un proceso relacional que está en continuo movimiento, en permanente negociación. En este sentido, retomamos la definición de Marcus (2011):

(...) la identidad no se presenta como fija e inmóvil sino que se construye como un proceso dinámico, relacional y dialógico que se desenvuelve siempre en relación a un “otro”. De carácter inestable y múltiple, la identidad no es producto estático cuya esencia sería inamovible, definida de una vez y para siempre por el sistema cultural y social, sino que es variable y se va configurando a partir de procesos de negociación en el curso de las interacciones cotidianas (108).

Siguiendo esta definición, podemos afirmar que la identidad no es una esencia inherente a un individuo o colectivo, por el contrario, no hay nada de esencial ni permanente en ella. La identidad se construye a partir de representaciones, y sobre ellas vamos a trabajar, ya que como señala Hall: “La identidad está dentro del discurso, dentro de la representación. Es construida en parte por la representación” (2010. 345).

A través de la identificación y el análisis de las narrativas buscamos dar cuenta de procesos de producción complejos, ocultos pero latentes en los discursos sociales. Contursi y Ferro (2006) hacen referencia a esto cuando señalan que la narración ocupa un lugar de privilegio en las ciencias sociales: “Los sujetos sociales, convertidos en informantes, la usan para explicar su realidad cotidiana, (...) al tiempo que la explican, mediante la narración, la construyen “(96).

2.1 A nosotros siempre nos toca la peor parte (o la narrativa del sentido comunitario)

Los relatos en torno a la fundación del Deportivo Laferrere están signados por una épica del sacrificio y la falta de recursos, suplida por el esfuerzo de la comunidad de socios y adherentes. Estos relatos hacen hincapié permanentemente en el origen humilde, de gente de trabajo, que constituyó al club, y el espíritu de comunidad que lo subyace. En este punto, los relatos vinculados al establecimiento de la Ciudad y del Club son muy similares.

En una entrevista, consultado sobre cómo fue la fundación de la Ciudad, José González, socio fundador y vitalicio, remarca esta idea del sufrimiento y el esfuerzo comunitario: “Era toda gente de trabajo, y cada día se venía más gente. Acá se inundaba todo, porque la vía modificó el curso del arroyo. La gente sufrió mucho. A Laferrere la hizo su pueblo.”

Hoggart señala que en los sectores populares surge un sentido comunitario que nace “del sentimiento de que la vida es dura y que la “gente como nosotros” generalmente obtiene la peor parte” (1957: 86).

Este sentido comunitario no es una conciencia de clase potenciadora de transformaciones, sino más bien una empatía resignada con aquellos en igualdad de condiciones, solidaridad basada en la no competencia con aquellos que son iguales a uno.

La fundación del club está atravesada por esta narrativa. Los colores de la institución, por ejemplo, no fueron una elección posible. De hecho, habían

elegido el color rojo como distintivo del club. Sin embargo, como lo señalan los vitalicios entrevistados, y así lo ratifica la historia de la institución publicada en su sitio de Internet, los colores verde y blanco se impusieron por necesidad económica: de estos colores fueron las camisetas más baratas que se pudieron conseguir (en virtud del escaso dinero que había para comprarlas) el día del debut del equipo.

El terreno en el que se emplaza la sede fue financiado en parte por un cheque sin fondos que prestó uno de los socios, dueño de un taller mecánico en Capital Federal, que “manejaba cheques”. Este hecho es resaltado por el compromiso de ese socio que, poniendo en juego su pequeño comercio, habilitó un cheque sin fondos, con la confianza en sus vecinos de que para la fecha del pago habrían podido reunir entre todos el dinero comprometido. El resto de los fondos necesarios para adquirirlo fueron financiados por un prestamista local, quien ofreció la devolución del dinero en cuotas. Vale señalar que de esta misma forma, años antes, los fundadores del club habían conseguido pagar sus terrenos y sus casas.

La sede social, asimismo, fue al principio una casilla que se construyó con la madera de dos cajas gigantescas que un socio gestionó en la fábrica Borgward de Isidro Casanova. Falta de recursos, organización comunitaria, donativos, y una cuota de picardía son los elementos que predominan en los relatos de los vitalicios y la historia del club, donde subyace la narrativa del sentido comunitario. Esta narrativa aparece una y otra vez en los relatos de la fundación del club y se consolidó como un fuerte rasgo identitario que opera como un marco para la determinación de prácticas legítimas e ilegítimas de la comunidad.

La potencialidad de esta narrativa puede observarse en dos hechos que se analizarán a continuación: la elección del nombre del estadio (que estuvo 60 años sin un nombre oficial), y las reacciones frente a los hechos de violencia⁷ que ocurrieron en Marzo de 2015 en las inmediaciones del mismo.

⁷ Estos hechos son detallados más adelante, en el Capítulo 4 de este trabajo.

La Comisión Directiva asumida en el año 2014 comenzó un proceso al que ellos mismos señalaron como una refundación del club. Para ello, apelaron eficazmente a la *narrativa del sentido comunitario*. Iniciaron una campaña de afiliación masiva a la que bautizaron “Más que hincha, Socio”, crearon la Subcomisión de Socios, la Subcomisión de Socios Vitalicios y casi ¡60 años! después de su fundación oficializaron el bautismo del Estadio.

El mismo recibió varios nombres a lo largo de los años (el Morumbi, Garrafa Sánchez, o La Villa), hasta que en Junio de 2014 la recientemente creada Sub Comisión de Socios Vitalicios (esta se instituyó el 7 de Mayo del mismo año), como primer actividad y por propuesta de la Comisión Directiva, realizó una solicitud para nombrar en forma oficial y definitiva el estadio.

Aquí, un fragmento de la carta que esta Sub Comisión propuso para la denominación definitiva del Estadio:

“Que sentimos que es nuestra obligación trabajar en pos de encontrar una denominación acorde al sentir laferrerense. Que el estadio representa la pasión de cada uno de nuestros habitantes y el esfuerzo de la comunidad toda. Que es el objetivo denominar a nuestro estadio con un nombre que represente los sueños cumplidos de nuestros abuelos y padres que llegaron a Laferrere dando forma a un pueblo y con la esperanza de algún día ser pujante ciudad. Los socios vitalicios informamos y ponemos a consideración (...) la aprobación para que nuestro estadio de fútbol lleve el nombre, de hoy en más y por los siglos de los siglos, de CIUDAD DE LAFERRERE” (Nota N° 1 de la Subcomisión de Socio Vitalicios dirigida a la Comisión Directiva, Junio de 2014).

En este fragmento es posible observar cómo se representa una identidad asociada al esfuerzo de fundadores de la ciudad que no diferencia entre hinchas y habitantes de la ciudad, fuertemente atravesada por la narrativa del sentido comunitario.

Consultado sobre la elección del nombre del estadio, José González, presidente de la Sub Comisión de Socios Vitalicios señala:

“Y en un nota les mandamos que queríamos ponerle Ciudad de LaFerrere. ¿Por qué? Nosotros sabíamos que si le poníamos el nombre de uno u otro personaje eso iba a generar disconformidad. Entonces le ponemos Ciudad de LaFerrere, e involucramos a todos. No hay quejas, no hay nada” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En el proceso de elección del nombre del estadio es posible analizar cómo se representan los rasgos legítimos de la identidad del hincha del Deportivo LaFerrere. La narrativa del sentido comunitario subyace permanentemente la operación de legitimación del nombre, y con este, la propia legitimación de la nueva comisión directiva.

Las narrativas también permiten analizar qué prácticas y representaciones son consideradas “ilegítimas”, y también, como éstas se ponen en conflicto. En relación a esto reproducimos abajo parte del comunicado que la Comisión Directiva publicó luego de los incidentes de Marzo de 2015. El episodio consistió en un violento enfrentamiento entre la policía y la hinchada del Deportivo adentro y en los alrededores del estadio. Como consecuencia éste fue suspendido por todo el campeonato por las autoridades de la Provincia de Buenos Aires, impidiéndole utilizar su cancha como local. En el comunicado, las autoridades del club señalan su repudio a los hechos de violencia, responsabilizando de las mismas a un grupo de hinchas:

“Familias, vecinos, *hinchas genuinos*, toda una ciudad y alrededores víctimas de la violencia impropia de nuestra comunidad, comunidad de inmigrantes, gente de trabajo que fundó nuestro club” (Comunicado de la Comisión Directiva, Marzo de 2015)

El sentido comunitario es utilizado en este caso para oponer las prácticas violentas de un sector de la hinchada al deber ser de aquella identidad caracterizada como el ser laferrerense. Se utiliza para señalar la ilegitimidad de esas prácticas. Incluso, al separar a los violentos de “los hinchas genuinos”, los pone por fuera de la identidad compartida.

Esta división pone de manifiesto la potencialidad de la narrativa del sentido comunitario: los hinchas genuinos son quienes respetan las prácticas legítimas de la comunidad, mientras que aquellos que las incumplen son señalados como hinchas no genuinos, ilegítimos.

En este punto nos interesa señalar las contradicciones que se ponen en pugna en la construcción de las identidades. Si bien esto será analizado más adelante, el grupo de hinchas que protagonizó los incidentes actuó legítimamente dentro de la lógica del aguante⁸ y del sentimiento comunitario: había algún tipo de conflicto entre la guardia de infantería y algunos hinchas en uno de los ingresos, por lo que alrededor de tres mil personas salieron del estadio (en ¿defensa? de aquel grupo) y terminaron participando del enfrentamiento.

El uso de la violencia y las posteriores consecuencias para la institución tuvieron como resultado la condena por parte de la dirigencia, que publicó ese comunicado, y por una parte de la comunidad de hinchas, que apelando a la narrativa del sentido comunitario reprendieron simbólicamente a los “violentos”, señalando que no son hinchas genuinos. Sin embargo, es dable señalar que aquellos catalogados como “violentos” actuaron legítimamente dentro de la lógica propia del aguante y del sentido comunitario: frente a la policía, ese otro frente al que se está en desventaja, se puso de manifiesto la necesidad de defender a los que son “como uno”.

La identidad, como señalamos al principio, no es un punto fijo, estático, sino, una construcción en permanente tensión, donde se define un nosotros, y al mismo tiempo un ellos. La construcción de la identidad del hincha del

⁸ El aguante es una categoría que, entendida como una ética, una estética y una retórica, rige las prácticas de las hinchadas del fútbol argentino y será largamente analizado en el capítulo 4 de este trabajo.

Deportivo Laferrere está, consecuentemente, en permanente negociación entre las representaciones posibles. Las narrativas fundacionales constituyen el andamiaje sobre el que esta identidad se construye, pero al mismo tiempo ésta va reconstruyendo, resignificando esas narrativas. Retomando a Hall (2010), la identidad es un posicionamiento, un punto de sutura: "...las identidades son los nombres que les des damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, y dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, a través de las narrativas del pasado" (2010: 351).

En el siguiente apartado se trabaja sobre una narrativa que, muy relacionada con la del sentido comunitario, también tiene una fuerte incidencia en la construcción de la identidad del hinchado del Deportivo Laferrere: la de la horizontalidad.

2.2 No tiene Jefes no tiene ningún capo (o la narrativa de la horizontalidad)

Pizarro, socio vitalicio, señala que en una reunión en el club el entonces presidente de la Comisión Directiva señaló que una vez que cruzara la puerta y entrara al campo de juego ya no sería el cacique, sino, uno de todos los indios. "Y era así", enfatiza, "éramos todos indios".

En este apartado se analiza la segunda narrativa del ser laferrerense: *la narrativa de la horizontalidad*. Esta se basa en la idea, fuertemente relacionada con el sentido de comunidad, de la igualdad, de la falta de jerarquías entre todos los miembros de la hinchada.

Este rasgo tiene una fuerte presencia en los hinchados más jóvenes y, sobre todo, en lo referido a la hinchada. Se plasma en uno de los cantitos que más aparecieron, referido por los hinchados, durante la investigación que conlleva este trabajo: "No tiene jefes no tiene ningún capo, son todos guapos se la aguantan de verdad".

Esto puede observarse en lo narrado por Mariano, de 30 años, que señala:

“Hubo un momento (...) como que la barra tomaba distancia de la hinchada y LaFerrere tenía una canción que dice que no, que no tiene jefes, no tiene ningún capo, o sea, que no hay barra. Entonces, siempre que se arma quilombo con la policía o cuando se arma quilombo con cualquier otra hinchada, no son los barras los que van a ir al frente solamente, es toda la hinchada la que va, y si se comen los palazos de la policía, se los come la hinchada...Por eso siempre tratan de separar esa distancia que hay entre una barra y están todos juntos” (Mariano, entrevista 2013).

Mariano habla de barra para referirse aquí a un grupo de hinchas con características particulares y prácticas específicas que la diferencia del resto de la hinchada. Para el análisis que sigue, optamos por retomar la clasificación de Gil (2002) y de Garriga Zucal (2006), y vamos a referirnos a *la hinchada* (con itálicas) para referirnos a este grupo organizado de hinchas, mientras que el conjunto de los simpatizantes, que también la comprende, será referido como hinchada.

La retórica de lo comunitario, de la horizontalidad que prima en las representaciones de su identidad, constituye en los relatos a la *hinchada* como una entidad indiferenciada del resto de la hinchada. Sin embargo, en las prácticas esta se diferencia, además, con claridad palpable: manejan negocios locales, paredones, tiene relaciones políticas que son *vox-populi*, y ocupan un lugar determinando en el centro de la tribuna popular.

La *hinchada* sufrió durante el período 2012-2014 varios cambios en su composición. El mismo se detallará más adelante, pero consistió básicamente en cambios en la conducción: “la Eterna Banda Villera” (nombre con el que se autodenominaba) perdió su lugar histórico. Durante los dos años siguientes asumieron dos nuevas conducciones sucesivas, de hinchas más jóvenes, con menos experiencia en la administración y manejo de las relaciones políticas, pero, según lo que se analizó en sus propios relatos, con una mayor

representatividad en todos los barrios y una forma de conducir que recurrió a las narrativas del sentido comunitario y la horizontalidad para legitimarse.

Ariel, 32 años, es uno de nuestros informantes clave y forma parte orgánica de la nueva *hinchada*. Según él mismo, la nueva *hinchada* no tiene un nombre, pero se refiere a ella como “los barrios” o “los barrios unidos”. A partir de aquí, entonces, llamaremos a ese grupo de hinchas “Barrios Unidos”.

En su relato va y viene del nosotros inclusivo a “los chicos” cuando se refiere a la *hinchada*. Señala, en relación a qué nivel de articulación existe entre la dirigencia política local, la dirigencia del club y la *hinchada*, que “eso se decide en conjunto”, enfatizando, nuevamente, esa idea de horizontalidad:

“Ya te digo, si por ahí pinta algo, algún beneficio político, no económico, o si, o capaz para hacer algo, históricamente se manejan así las barras. Pero veremos qué pasa, veremos qué se decide con los barrios, porque eso se decide con los barrios. No es que son 3, lo que tiene es eso, no es que se maneja así que uno dice...”no tiene jefes, no tiene ningún capo”, es como dice la canción, está bien dicha. Veremos si pinta que se decide entre los barrios” (Ariel, entrevista 2014).

El cambio en la conducción de la *hinchada* es legitimado, por sus integrantes, a partir de la narrativa del sentimiento comunitario, en la representación de todos los barrios y sectores en ella, y de la horizontalidad en la toma de decisiones. Según estos, el mérito de la nueva conducción reside en la capacidad de aglutinar en ella a los hinchas de todos los barrios de Laferrere y darles participación en la toma de decisiones, eliminando de esta forma las rivalidades internas de la *hinchada*, que se manifestaban en la anterior conducción, ya que esta sólo representaba a una pequeña porción de la Ciudad.

En el período de análisis (2012 – 2015) se produjeron renovaciones en la Comisión Directiva, y asimismo, en la conducción de la *hinchada*. Y en ambos casos, sus nuevas conducciones recurrieron a las narrativas

fundacionales para legitimarse, basándose en estas para lograr un mayor grado de aceptación.

Las narrativas, como se observa, actúan como potentes agentes aglutinadores, a la vez que norman las prácticas y representaciones posibles al interior de la identidad que construyen. Como señalan Contursi y Ferro (2006), “(la narrativa) adquiere sentido sólo en un contexto social, y a la vez, contribuye a la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los sujetos” (100).

En el próximo apartado trabajaremos sobre la tercer y última narrativa de identidad del ser laferrerense, la plebeya, a partir de la figura de su máximo exponente para esta identidad: José Luis “Garrafa” Sanchez.

2.3 Garrafa: la gambeta, el pibe y la villa (o la narrativa plebeya)

“¿Porque salí de Villa Fiorito no puedo hablar? Yo soy la voz de los sin voz, la voz de mucha gente que se siente representada por mí.”

Diego Maradona

En este apartado analizaremos la última de las narrativas del ser laferrerense: *la narrativa plebeya*. El plebeyismo es una representación que condensa una épica de origen pobre, un ascenso social con memoria del origen y una reivindicación, orgullosa, de aquello por lo cual se es subalterno. Habitualmente se encarna en un personaje, el ídolo plebeyo, que personifica el (casi) siempre trágico proceso.

José Luis “El Mono” Gatica y Diego Maradona son, sin lugar a dudas, los ídolos plebeyos nacionales. El primero, el boxeador del pueblo que carga sobre su propia historia la historia trágica del primer peronismo (Palma, 2013). El segundo, el último gran significativo patriótico, en el contexto de la decadencia de los sentidos de la patria y el apogeo de los medios de comunicación (Alabarces, 2008).

La narrativa plebeya condensa el ser laferrerense en un punto nodal: su propio ídolo: José Luis “Garrafa” Sánchez. Garrafa es doblemente plebeyo:

cumple con todos los requisitos del ídolo de origen popular, con memoria de sus orígenes y la picardía del potrero, pero a su vez, su épica se construye en el fútbol del ascenso. Garrafa no se destacó en la primera división, ni en la selección nacional, militó casi toda su carrera profesional y brilló en la B Nacional y la B Metropolitana, donde se ganó el apodo de “el jugador del ascenso”, caracterizado más por la picardía que por el talento. Esa característica es fundamental para la afirmación del ídolo plebeyo: Garrafa era irreverente, un “atorrante” en la cancha y fuera de ella, reivindicaba aquello por lo que era plebeyo y lo exhibía, orgullosamente. Funda así una épica plebeya del jugador del ascenso, en un contexto donde la movilidad social ya no era una alternativa posible para los jóvenes de los sectores populares empobrecidos del conurbano bonaerense: los años ´90.

Comparte el punto de salida del *pobre ascendido* (Alabarces, 2008: 134), el “pibe” asociado al potrero, sin ninguna clase de enseñanza, fresco, espontáneo y libre, creador del estilo futbolístico criollo (Archetti, 2003), con el ídolo futbolístico plebeyo nacional, Diego Armando Maradona, y con tanto otros jugadores que repitieron la épica del jugador del pueblo (Carlitos Tevez, a modo de ejemplo contemporáneo).

Garrafa no nació en la Ciudad de LaFerrere, pero sí nació en una villa de La Matanza: en la Jabonera, un barrio de emergencia que se construyó en un baldío atrás de la fábrica de Jabón Federal en Villa Madero. Lo que diferencia a Garrafa y lo vuelve doblemente plebeyo es el punto de llegada: su ascenso no culmina en el arribo Boca o a River (clubes en los que estuvo cerca de jugar), ni en la selección nacional (destino de todo héroe futbolístico) sino que se agota en Banfield y en una tempranísima muerte, que al mismo tiempo que truncó su vida, lo convirtió en héroe.

Héroe plebeyo, claro. Héroe a la medida de una sociedad que era incapaz de incorporar a los jóvenes a la vida del trabajo y la educación, atravesada por el desempleo y la pobreza, que dio por satisfechos los requisitos de acceso al panteón de los ídolos a un jugador del ascenso, legitimándolo como modelo imaginario subalterno.

Garrafa heredó su apodo de su padre, que trabajaba como repartidor de garrafas de gas comprimido en La Matanza, insumo necesario para cocinar en los barrios donde no llega la red de gas natural. Hasta su profesionalización en el fútbol, vivió de acompañar a su padre en el reparto. De no haber logrado constituirse como jugador, señalaba siempre Garrafa, hubiese perpetrado el oficio familiar de garrafero. Encarna en su figura el relato del pobre que salió, que ascendió, pero nunca olvidó sus orígenes. Y no sólo no los olvidó, los recuerda, y señala permanentemente su destino de iluminado entre los iguales a él:

Entonces lo que el ídolo deportivo viene a mostrar es un proceso de singularización individual que cumple la función de demostración de una igualdad pretendida. Ese es el origen de la excepcionalidad y de la función del ídolo deportivo: la demostración de que un sujeto cualquiera abandona a la masa, se distingue por méritos propios e individuales, pero lo hace, y esto es siempre así, para ser un destacado individuo (...)
(Palma, 2013. 2).

Su origen en los sectores populares se exacerbaba con su juego, símbolo del potrero criollo. Porque Garrafa condensó en su figura todas las características del jugador del pueblo (laferrerense):

La narrativa oficial del fútbol asoció el potrero con el origen del mito del fútbol criollo, junto con la gambeta, el pibe y el suburbio. Era un lugar cargado de símbolos por ser el escenario donde se habían formado los jugadores, con o sin éxito final (Frydenberg, 2011: 152).

Garrafa debutó a los 19 años en el Deportivo Laferrere, en el mes de Noviembre de 1993, ante su histórico rival Almirante Brown. Sus éxitos deportivos con Laferrere fueron nulos, pero dos elementos fueron fundamentales para la construcción del mito: en primer lugar Garrafa jugaba con la picardía que “sólo se podían sacar del potrero de Laferrere”,

gambeteador, pícaro e histriónico; y en segundo, aún jugando en Banfield, logrando ahí sí éxitos deportivos, siguió siendo un hinchista fanático del Deportivo Laferrere, al punto de ponerse la camiseta del Deportivo cuando ascendió con el Club de zona sur para dar la vuelta olímpica, yendo regularmente a la cancha, y como señalan en la película que relata su vida (“El Garrafa: una película de fútbol”⁹) siendo capaz de colgarse del alambrado a insultar a los jugadores porque no “ponían huevo” para defender los colores de su equipo y hasta a amenazar a los planteles rivales.

Luego de su debut, Garrafa fue titular en Laferrere por cuatro años. En esos tiempos, compartió el vestuario con Lalo Maradona (el hermano poco exitoso de Diego) y hasta fue, en 1996, dirigido por el mismísimo Diego Maradona, quien luego del primer descenso del club se acercó a dirigir un ambicioso proyecto futbolístico que no prosperó.

En 1997 Garrafa fue transferido a El Porvenir, con el cual ascendió a la Primera B Nacional. En 1999 se fue al fútbol uruguayo, por el cual pasó sin pena ni gloria, y volvió a los pocos meses para acompañar a su familia en la enfermedad de su padre. En el año 2000, y luego de siete meses alejado del mundo futbolístico, volvió a los torneos en el Club Atlético Banfield. Allí se consolidó como ídolo del ascenso al llegar a la primera división del fútbol argentino.

Dolina lo describió como: “un futbolista extraordinario, postergado por la forma en que se maneja al fútbol. El no seguía las reglas” (*Olé*, 9 de Enero de 2006, pág. 29). Encarnó la representación de lo que Archetti (2003) describe como “el pibe”, aquel que rompe la lógica disciplinaria y productiva del fútbol como mercancía, que exhibe la creatividad y se permite lo lúdico como la exhibición de un exceso. Su poder simbólico y su representatividad residen en esta característica: en “el pibe” se juega el estilo nacional, el fútbol del que nos sentimos orgullosos.

⁹ La película de Sergio Mercurio se estrenó en Abril de 2012 y narra la vida de Garrafa. Se estrenó en el estadio de Banfield, ante 4 mil hinchas, luego se proyectó en el del Deportivo Laferrere, y por último en estadio de El Provenir. La misma es un derrotero de anécdotas, videos de archivo y entrevistas a quienes fueron sus compañeros.

Su irreverencia, al mismo tiempo, fue la que no le permitió jugar en uno de los clubes llamados grandes del fútbol argentino. Cuenta el anecdotario que luego de una práctica entre Boca Juniors y Laferriere, el técnico de Boca por ese entonces, Carlos Salvador Bilardo, lo habría considerado para sumarlo a su plantel. Unos minutos más tarde, cuando Garrafa lo sobrepasaba a toda velocidad en su motocicleta por la autopista Richieri, lo descartó.

Su origen de clase, su condición de “pibe”, de jugador de potrero, cultor de las jugadas individuales por sobre el juego colectivo, sumada a su carácter irreverente y personalidad explosiva, forjan la imagen de un héroe trágico plebeyo.

Garrafa encarna en su figura, además, los rasgos de fervor y fidelidad que remarcan las canciones que señalan que “la hinchada que nunca abandona es la de Laferriere”. El mismo señala, en una grabación de la película antes referida: “A donde iba decía que yo soy hincha de Laferriere y que iba a terminar ahí.” Como buen héroe, cumplió con su palabra: Garrafa se murió jugando en Laferriere.

Sin embargo, y sorprendentemente, su condición de ídolo es discutida aún entre los hinchas del Deportivo. Cuando se les pregunta por las figuras del club, reconocen que para algunos Garrafa sí, pero para otros, Garrafa no. Para los “resultadistas” (que es claro que en un club como Laferriere deben ser más bien pocos) y los hinchas más viejos no: porque Garrafa es ídolo en Banfield. “Y, *el era de acá, pero se fue a Banfield. Y allá se puso el equipo al hombro*” sostiene cuando se le pregunta José González, socio fundador, en una especie de reproche a Garrafa por lo que no pudo lograr en Laferriere. Pero a pesar de eso, ningún hincha deja de mencionarlo. La narrativa plebeya que se impregna en la figura de Garrafa es ineludible para la identidad del hincha de Laferriere. Y la destacan, más allá de su calidad como jugador, por su cualidad de hincha.

Esto se debe a que Garrafa, como futbolista, no se destacó por los logros en el Club, como sí lo hizo en el Club Atlético Banfield, donde hasta le levantaron un monumento. Es más, los cuatro años en los que Garrafa fue titular en Laferriere, el equipo hizo unas campañas muy malas, descendiendo por primera vez en su historia y dejando la institución al borde de la quiebra,

que efectivamente se concretó un año después de su partida hacia El Porvenir, en 1998. Sin embargo, su fidelidad como hincha y su temprana muerte en un episodio inesperado, su polémica personalidad y el ser bautizado por algunos como el jugador del ascenso por su estilo de potrero, lo terminaron de consolidar como un héroe local. Garrafa es sin lugar a dudas el ídolo plebeyo digno del ser laferrerense.

Garrafa es ídolo no sólo por jugador de potrero, por procedencia popular (un villero hecho y derecho), sino que es ídolo por *hincha*. Ariel, en relación a esto, destaca su calidad de hincha cuando habla de Garrafa: “...*hay muchos que dicen que no, otros que si. La mayoría de los hinchas, si. Garrafa, loco, amor por Laferrere*”. Cumple a rajatabla con los relatos de identidad “del ser laferrerense”: nació pobre y matancero, se hizo grande jugando en clubes del ascenso, volvió al barrio para volver a vestir los colores del club, con la promesa de sacarlo adelante. Priorizó siempre a su familia, hizo un parate de casi un año en el apogeo de su vida profesional cuando su padre se enfermó, para volver a Laferrere y acompañarlo hasta su muerte.

Cultivó siempre la humildad que la narrativa clásica del deporte argentino (Alabarces, 2008: 135) le exige a sus estrellas. Apegado a su familia y su barrio, leal a sus orígenes, su único exceso reconocido era la velocidad y las motos de alta cilindrada. Y se destacó, sobre todo, por su singularidad. Como señaló Dolina sobre él, días después de su muerte: “Como persona era despierto, muy inteligente, sin necesidad de que esa inteligencia tenga un título universitario. Y aparte se mantenía lejos del casete habitual de los demás, era un pibe muy genuino” (*Olé*, 9 de Enero de 2006, pág. 29). La idea del pibe, nuevamente, impregnada de la capacidad de lo lúdico y de la creatividad, fuera de los estándares del mercado.

La figura de Garrafa en esta narrativa está muy asociada al apodo que reciben los hinchas del Deportivo Laferrere: “los villeros”¹⁰. La reivindicación de este apodo como una cualidad positiva asociada a la picardía del potrero de barrio, a la masculinidad y el aguante es muy bien representada por el héroe

¹⁰ El apodo de “villeros”, su origen y su reivindicación serán tratados en el Capítulo 3 de este trabajo, cuando se trate el territorio en la construcción del ser laferrerense.

plebeyo local. Esto, sin embargo, al mismo tiempo que lo posiciona como ídolo indiscutido entre los hinchas más jóvenes, despierta las reticencias de los más viejos: Garrafa es un ídolo en disputa generacional. Aquí se vislumbra una fisura que nos permite dar cuenta de las contradicciones y las disputas que existen en la construcción de la identidad. En los socios fundadores y los viejos hinchas, devotos de las narrativas de la movilidad social ascendente, hay una resistencia frente a la apropiación que los más jóvenes hicieron del apodo de “villeros”. Estos migrantes con aspiraciones de clase media no se apropian ni reivindican, como si lo hacen los jóvenes, el mote de villero para asociarlo a la masculinidad. Y al no hacerlo, no terminan de aceptarlo como ídolo.

En el verano del 2006, y sólo unos meses después de haber retornado a LaFerrere, Garrafa sufrió un accidente inesperado. Haciendo piruetas en la puerta de su casa a escasas cuerdas del Estadio, la moto que manejaba se le dio vuelta y terminó viniéndosele encima. Dos días después falleció. Tenía 31 años.

2.4 Algunas conclusiones, que no clausuras

Hemos identificado en este apartado tres narrativas que operan fuertemente en la identidad del hincha del Deportivo LaFerrere: la del sentido comunitario, la de la horizontalidad, y la plebeya.

Estas no son fijas, ni permanecen inmóviles: están en permanente construcción, en la permanente disputa de sentidos en la que se construye la identidad. Asimismo, están, como se intenta dar cuenta, profundamente relacionadas entre sí.

Las tres están profundamente arraigadas en la identidad de lo que aquí caracterizamos como el ser laferrerense, y encuentran, en su origen, un fuerte componente territorial. La mención al territorio, y el rol que este cumple en la construcción de la identidad, se vuelve aquí inevitable: de eso se trata el próximo capítulo.

Capítulo 3. De villeros y paredones: el territorio en la construcción del ser laferrerense

“La relación entre el hombre y la dimensión cultural es tal que tanto el hombre como su medio ambiente participan de un moldeamiento mutuo. El hombre está ahora en condiciones de crear realmente todo el mundo en que vive (...)”

Edward Hall

La Ciudad de LaFerrere se ha constituido como el territorio propio de la hinchada del Club Social y Cultural Deportivo LaFerrere. Su crecimiento y la forma en la que esta se consolidó están fuertemente arraigados en la construcción de la identidad del club y en las formas de organización de la hinchada, así como en las disputas por el control de su territorio, que incluye sus plazas, sus calles y sus paredones.

En este capítulo analizaremos el rol que el territorio cumple en esos procesos y ha cumplido en la constitución del “ser laferrerense”: cómo se ha configurado, y cómo esta configuración ha repercutido en la consolidación de esta identidad.

Creemos, junto con Watzlawick (1985), que no es posible no comunicarse. Las formas de apropiación (físicas y simbólicas) del espacio, en tanto conductas, comunican. En este sentido, estamos seguros de que los espacios, las paredes, las calles de la Ciudad de LaFerrere, comunican los sentidos arraigados en la identidad de la hinchada. Es por eso que nuestro abordaje de las marcas del territorio, analizándolas como parte de esa “matriz mucho más vasta, que recibe el nombre de comunicación social” (Martini, 1994: 3) nos permitirá dar cuenta de las formas en que estos sentidos se construyen y se ponen en disputa.

LaFerrere es la ciudad más grande de La Matanza. Limita hacia el sur con el Arroyo Don Mario, hacia el norte con la Ruta Nacional N° 3, al este con la Avenida Carlos Casares, donde se emplaza el Polideportivo del Deportivo LaFerrere, y hacia el este con González Catán, en la Avenida Federico Pedro Russo, en el Kilómetro 29 de la Ruta Nacional N° 3. Allí, esta se cruza con la Ruta Provincial N° 21 que comunica a La Matanza con el Partido de Merlo.

Viven en la Ciudad, aproximadamente, 600.000 personas. Es difícil saber el número de habitantes exacto dado el permanente flujo de asentamientos que se han establecido en los últimos años en las zonas aledañas al arroyo.

En la zona céntrica todas las calles están asfaltadas, se brindan todos los servicios públicos y hay un gran centro comercial, concentrado alrededor de la Avenida Pedro Luro, entre las Rutas 3 y 21. En esta última intersección se encuentra la Estación del tren Belgrano Sur y las terminales de todas las líneas de colectivos. Allí también funciona la terminal de las *combis* (medio de transporte no oficial) que por \$30 ofrece un servicio desde LaFerrere hasta Capital Federal, y la de los *cero cincuenta*, vehículos destartados, mayoritariamente Modelo Ford Falcon o similar, que constituyen una suerte de *remises* comunitarios con recorridos y tarifas fijos que llegan a los barrios donde las líneas de colectivos no. El nombre se lo deben a su primera tarifa de 50 centavos, cuando nacieron en los albores del año 2000.

En el centro de la Ciudad, asimismo, está el Estadio del Deportivo LaFerrere, a escasas dos cuadras de la Estación, y las dos únicas plazas de la Ciudad, ubicadas sobre Avenida Luro, a cinco cuadras entre una y otra.

La zona céntrica (llamada Barrio Giardino, que viene a significar “jardín” en italiano) es conocida como “el barrio de los tanos”, ya que en estas calles se levantaron las primeras viviendas, el primer centro comercial, y tiene aún la forma de barrio de casas bajas de clase media trabajadora que le dio origen a la ciudad.

A partir de las décadas de 1980 y 1990, la ciudad sufrió una explosión demográfica. Los terrenos cercanos a la estación de trenes, mayoritariamente deshabitados, comenzaron a ser ocupados a un ritmo vertiginoso, y con ellos nacieron los nuevos barrios. Muchos de estos barrios se asentaron sobre lotes privados que se vendían a precios muy convenientes: la ausencia de servicios públicos como alumbrado o red de agua potable se aceptaba a cambio de la cercanía a las vías de transporte que llevan a la Capital Federal. Muchos otros, también, nacieron de la ocupación de terrenos fiscales.

A medida que se alejan del centro, en estos barrios periféricos disminuye la cantidad de calles asfaltadas (en la mayoría de los barrios, sólo se encuentran asfaltadas las arterias que rodean las escuelas, y la conectan con otros asfaltos) y los servicios públicos. Entre la Ruta 21 y el Arroyo Don Mario, cuanto más lejos de la Ruta, más difícil se hace el acceso a la red de agua potable, al gas natural, y a los demás servicios públicos. Estos nuevos barrios y asentamientos se constituyeron durante los últimos treinta años en alteridad con la zona céntrica de la Ciudad de Laferrere.

Cada uno de estos barrios desarrolló una identidad propia, a la vez que se integró, desde ese posicionamiento particular, a la identidad local. El Deportivo Laferrere jugó un rol fundamental en este proceso: ofreció un lugar de disputa para las identidades periféricas, al mismo tiempo que permitió consolidar un colectivo más amplio, el ser laferrerense, como un nosotros inclusivo que aglutinó a todas las identidades periféricas frente a los rivales externos.

3.1. Los paredones: Pequeño Barrio versus Gran Barrio

Como dijimos los habitantes de cada uno de los nuevos barrios fueron consolidando una identidad propia, que convive en tensión con las demás, pero que al mismo tiempo se integra en la identidad barrial macro, que hemos descripto en este trabajo como el ser laferrerense. Esto se exhibe en el estadio a través de los *trapos*¹¹ (banderas) con los nombres de los barrios o de la *banda*¹² del lugar, en las pintadas que se realizan en los paredones de los barrios, y en grescas y enfrentamientos en el estadio y fuera de él, por peleas de borrachos, mujeres, o alguna intrusión barrial.

Frydenberg (2011) explica este fenómeno a través de los conceptos de gran y pequeño barrio que retomamos aquí:

¹¹ El término “trapo” es el nombre nativo que las hinchadas le dan a las banderas que llevan al estadio. Cada grupo de hinchas tiene su “trapo” con el nombre de su grupo, que se exhibe en cada partido. Defenderlo es defender el propio honor del grupo y suelen ser elementos de disputas con otros grupos de hinchas e hinchadas rivales.

¹² La “banda” es el nombre nativo que señala a los diferentes grupos de hinchas. Banda es el sinónimo nativo del concepto “grupo”.

El PB (pequeño barrio) era el espacio de la vida cotidiana, que cubría unas pocas manzanas con sus esquinas donde paraban los muchachotes, con los medios de transporte más o menos cercanos que los conectaban con el resto de la ciudad, y también eran el territorio de los juegos infantiles, de la escuela, de la plaza, y de ciertas experiencias culturales – como las representaciones del tango y la literatura- y deportivas.

El GB (gran barrio), como representación, era un espacio propio que requería ser defendido, además de unir a individuos que no necesariamente se conocían entre sí (Frydenberg, 2011: 129).

En este sentido, cada nuevo barrio de la Ciudad de LaFerrere se constituyó como pequeño barrio, en torno a la familia, la escuela y la vida cotidiana, donde se desarrolló una identidad propia, en tensión con otras identidades barriales pequeñas. En este sentido, se refuerza la idea del barrio como “un ámbito de igualación social, de participación y solidaridad, pero también, escenario de distinción social y de edificación de una “ideología barrial”, construida sobre la base de la diferencia y una otredad amenazante” (Frydenberg, 2011: 129). El gran barrio, en cambio, actuó como un eje aglutinante de todas estas pequeñas identidades barriales, constituyendo un nosotros encarnado por una identidad colectiva local.

Estamos convencidos de que la competencia futbolística en la que se integró el Deportivo LaFerrere luego de su ingreso a las ligas oficiales se convirtió en un lugar eficaz para la consolidación de una identidad barrial relacionada al gran barrio, que permitió encarnar esa otredad amenazante. Cuanto más cercano el origen territorial del otro, mayor la rivalidad. El testimonio de Mariano lo confirma al señalar: “Morón es un clásico, por la cercanía. Porque estamos muy cerca. Lo mismo el archienemigo (se refiere a Almirante Brown) que es una rivalidad inmensa, por la cercanía, porque antes ya existía el Brown y LaFerrere no...” (Mariano, entrevista personal con el autor, 2014).

Mientras que el ser laferrerense se consolidó en oposición a un otro amenazante, la identidad en los pequeños barrios se consolidó mayoritariamente en torno a la escuela barrial o al número del Kilómetro de la Ruta 3 sobre el que están emplazados. Esto puede observarse en las pintadas de los paredones y en los nombres que cada grupo ha adoptado para sí mismo. En el barrio La Loma, por ejemplo, los paredones marcan la identidad con la que el grupo de hinchas de ese barrio se ha autodenominado: “La 70”. En la esquina de la Escuela Primaria N° 70, “Niñas de Ayohuma” puede observarse un mural con el escudo del Deportivo y el nombre de la escuela del barrio. En esa esquina se reúnen los “pibes de la 70”, y desde allí caminan hacia el estadio cuando juega el Deportivo, ubicado a unas 20 cuadras del lugar.



Barrio La Loma. Esquina de Jacamaru y Saenz

En la entrada del Barrio Don Juan, por su parte, otra pintada emplazada en la esquina de la EGB N° 32, “Julio Cao” repite la misma lógica: un escudo del Deportivo con la leyenda “La 32” marca la pertenencia territorial del grupo de hinchas de ese barrio.



Barrio Don Juan. La “32”. Esquina de Salvigny y Tafi.

Si bien la apropiación de los paredones y su peso simbólico son característicos de las hinchadas del fútbol, interesa aquí señalar que en estos casos en lugar de tomar para sí del nombre del barrio, los hinchas se han apropiado del nombre de la escuela primaria del barrio. Se nombran, a si mismos, con el nombre de la escuela, marcando la centralidad de esta institución para las representaciones identitarias de esa comunidad, identificada con lo que más arriba señalamos como el pequeño barrio.

Así como en los dos ejemplos anteriores los hinchas tomaron para sí el nombre de la escuela primaria, otros grupos de hinchas se apropiaron del número del KM de la Ruta 3 sobre el que se encuentra emplazado su pequeño barrio. Por el kilometraje también, es importante señalarlo, se refieren al barrio sus habitantes. Nacidos a ritmos vertiginosos, esos nuevos barrios tomaron sus nombres de las estaciones de colectivos que los atraviesan y nunca han recibido otras denominaciones. De tenerlas, muy pocos las utilizan y muchos menos las conocen.

Estos son los casos de “El 26”, “El 28”, “El 29”, grupos de hinchas que nacieron en estos pequeños barrios y se identifican a si mismos con el kilometraje que les tocó en suerte a la vera de la Ruta 3.

También existen, por último, grupos que han tomado directamente los nombres de los barrios donde viven. Estos son, mayoritariamente, los casos de los hinchas que viven fuera de la Ciudad de LaFerrere, y junto con el nombre del barrio expresan una lealtad hacia el Deportivo que ha superado el desarraigo territorial: “El tala”, “El talita” y “Los Ceibos” (todos barrios de González Catán), son algunos ejemplos de esto.

Esta expansión es bien vista por los hinchas del Deportivo, que consideran la presencia de nuevos barrios en la hinchada como una muestra de su crecimiento territorial y a este último como una confirmación de la magnitud de su presencia barrial, que ya no es contenida en los límites territoriales de la ciudad, sino que se ha ido expandiendo a otras localidades, incluso, más allá de La Matanza:

“Y Gracias a Dios cada día se hace más grande la familia de LaFerrere. Porque hoy vas al KM 35, para el 36, para el 40, vas para el lado de González Catán, la parte de Villa Unión, tenemos gente de Paternal, de Monte Grande, gente de Ezeiza. Gente que era del barrio y se fue, y viene, y ya no viene sólo, viene con 4, 5....” (Mariano, entrevista personal con el autor, 2014).

La extensión a nuevos barrios es señalada por los hinchas como “un copamiento” de territorio ajeno, y cada nuevo barrio que se integra a la hinchada es considerado como territorio conquistado para sí.

La diferenciación entre el pequeño barrio y el gran barrio es también observable en los paredones de la ciudad. Las identidades barriales son celosamente cuidadas al interior de cada pequeño barrio: los paredones internos nunca pierden la identidad del grupo de hinchas local. Los paredones del gran barrio, ubicados en la zona céntrica de la ciudad y los alrededores del estadio responden, en cambio, a una lógica totalmente opuesta. Mientras que las paredes de los pequeños barrios actúan como símbolos de la pertenencia territorial de cada grupo de hinchas, los grandes paredones de las zonas

céntricas, que son las más transitadas, se enmarcan en la lógica de la sicarización¹³ (Fernández y Ferreriro. 2005) de la *hinchada* del Deportivo: las paredes de la zona de la estación, en la parte céntrica de la localidad (sobre la Ruta 21 y la Avenida Luro) y en las cercanías del estadio, tienen dueño, *la hinchada*, y se les pone precio, en “la libre concurrencia de la oferta y la demanda” (Fernández y Ferreriro. 2005: 196) durante los períodos electorarios.

Esta práctica consiste en la apropiación y oferta de los paredones de la zona céntrica de la ciudad: las paredes de la ciudad son blanqueadas y pintadas con escudos del club y consignas de “NO PINTAR. LA BARRA”, “NO PINTAR. CUIDA TU VIDA. LA BARRA”.

Esta situación dura un tiempo, hasta que en esas mismas paredes aparece el candidato de turno que, cual mejor postor, compró las voluntades de la *hinchada* para ese año. Más aún, desde la implementación de las PASO (Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias) es posible ver antes de las mismas los paredones pintados con un candidato, y luego con otro, que puede o no pertenecer a la misma fuerza política, pero que claramente fue capaz de mejorar la oferta económica inicial.

En el período analizado (2013-2015, antes de las PASO) el cliente de turno, como se observa en las fotos que acompañan esta presentación, fue Ricardo Bruzzeze, conocido matarife local y ex candidato a rival en las internas del Partido Justicialista por la Intendencia de La Matanza del ex Intendente Fernando Espinoza.

¹³ Fernández y Ferreiro definen la sicarización como la privatización y la mercantilización de la violencia en tanto valor de cambio del aguante. Retomamos esta definición en tanto que consideramos que en la apropiación de un espacio público y su posterior mantenimiento (y amenaza sobre quienes puedan disputar su apropiación) hay un ejercicio de la violencia, que en tanto mercancía, se ofrece al mejor postor.



"Bruzzeze 2015. La Barra. No Pintar" - Paredones de Ruta 21 y Ricardo Gutiérrez



"Bruzzeze 2015. La Barra. No Pintar" - Paredones de Ruta 21 y Ricardo Gutiérrez

La *Eterna Banda Villera*, grupo de hinchas que lideró la *hinchada*¹⁴ del Deportivo durante casi 30 años, fundó esta práctica y supo ser conocida dentro y fuera de la localidad por su administración de los paredones de la zona céntrica de la ciudad. Durante la realización de este trabajo se produjeron varios cambios en la conducción de la *hinchada*: por primera vez en tres décadas la *Eterna Banda Villera* fue cuestionada y desplazada. Si bien esto será tratado más adelante (en el capítulo referido a la *hinchada*) nos interesa aquí señalar que a pesar del cambio en la conducción de la *hinchada* no hubo cambios en las prácticas de la apropiación y el uso de los paredones del gran barrio. Las prácticas que instaló la *Eterna Banda Villera* fueron continuadas por la nueva conducción de la *hinchada*. En este sentido es posible señalar que la lógica de sicarización instalada por la conducción saliente se continuó sin mayores complicaciones.

Los paredones del gran barrio (y el trabajo que conlleva pintarlos y cuidar que no sean “tapados” por otros) salen de la lógica de la reafirmación identitaria que prima en el pequeño barrio y se constituyen como mercancías, administradas por la *hinchada*.

¹⁴ Como hemos señalado en los capítulos anteriores de este trabajo, nos referimos a *hinchada* (con itálicas) cuando hablamos de un grupo organizado de hinchas con determinadas prácticas que se diferencia del resto de la *hinchada* del Deportivo, habitualmente llamado “barra brava”. En el Capítulo 4 de este trabajo ahondaremos en sus características y prácticas.

3.2 Territorio y representatividad

El crecimiento de la Ciudad de LaFerrere determinó el nacimiento de barrios periféricos, que desarrollaron identidades propias, en tensión con la zona céntrica de la Ciudad y con esa identidad amplia definida como el ser laferrerense. Cada nuevo barrio nació formando parte de la ciudad, pero al mismo tiempo, diferenciándose de ella. En este sentido, retomamos la definición de Gravano (2005), en la que el barrio se distingue de la ciudad y de otros barrios de la estructura urbana por ciertas características distintivas:

El barrio (...) es una unidad colectiva consciente, de un nivel mayor que la unidad vecinal, con una personalidad distintiva dentro de la ciudad, con límites definidos, con un nombre, que no poseen los vecindarios, y con una cierta autonomía. Está constituido por una pluralidad de unidades vecinales y su diferencia con éstas es más bien cualitativa, basada en el grado de su distintividad respecto del centro de la ciudad o de otros barrios (Gravano, 2005: 99).

Esta construcción de identidades periféricas que conviven en tensión al interior de una identidad más abarcativa se observa en la composición de la hinchada del Deportivo LaFerrere, a través de la conformación de grupos de hinchas organizados en torno a su origen barrial.

Como señalamos en el apartado anterior, cada grupo consolidó una identidad barrial propia que se exhibe en el estadio a través de las banderas, y al mismo tiempo que se exhiben, buscan constituirse como actores legítimos en las disputas por la hegemonía en la hinchada. Porque como señalamos varias veces en este trabajo, el ser laferrerense no es una identidad acabada y fija, sino una construcción en permanente disputa, atravesada por ciertas narrativas y por los procesos de consolidación territorial que se dieron en la ciudad.

El proceso de consolidación de estas identidades barriales es fundamental para comprender los cambios que se produjeron al interior de la *hinchada* del Deportivo LaFerrere durante el período analizado: los históricos

jefes de la *hinchada* de Laferrere, la *Eterna Banda Villera*, están identificados con la zona céntrica de la ciudad, territorio en el que controlan el transporte no oficial (*combis* y *cero cincuentas*) y la administración de los paredones.

Estamos convencidos que al haber ceñido su control territorial sobre la zona céntrica de la ciudad por cuestiones económicas, la *Eterna Banda Villera* perdió la representatividad de los nuevos hinchas, provenientes de los pequeños barrios de la periferia. Esto puede observarse en el logro del cual se jacta la nueva conducción de la *hinchada* del Deportivo: su representatividad en todos los barrios de la ciudad.

El nombre con el que este grupo de hinchas se autorefiere confirma nuestra hipótesis: se refieren a sí mismos como “los pibes de los barrios unidos”. En esta construcción identitaria se pone de manifiesto (y así lo repiten con mucho énfasis) que la nueva *hinchada* representa las identidades de todos los pequeños barrios. En este sentido, reproducimos un fragmento de una entrevista con Ariel, quien repite entusiasmado la idea de unidad de los barrios bajo la nueva conducción. Ariel aclara al respecto: “acá se trata de que estén bien todos, de que estén los barrios unidos. Esta barra lo que logró es los barrios unidos. Están todos los barrios unidos. Se hacen las reuniones y están todos los barrios unidos” (Entrevista personal con el autor, 2014).

El mérito de la nueva conducción, se observa, reside en la representatividad territorial. En las representaciones que construyen “los pibes de los barrios unidos” sobre sí mismos, lograron reunir a los pequeños barrios, respetando su identidad, e integrándola a un colectivo más grande, sin obligarlos a resignar sus particularidades, constituyendo así una legitimidad basada en una mayor representatividad y el control de una mayor porción de territorio.

3.3 La conquista del territorio

En los últimos años, el territorio propio de la hinchada se fue ampliando a través de dos procesos. Por un lado, el crecimiento de la ciudad que se señala en el apartado anterior, dando origen a nuevos barrios, y por otro, un proceso de expansión de la hinchada por fuera de la ciudad. Esto último se debe a que muchos hinchas, que por cuestiones económicas, laborales o familiares debieron irse de la ciudad, pero no resignaron su pertenencia a la hinchada del Deportivo. Así, construyeron pequeños grupos de hinchas en sus nuevos barrios. Y desde esa nueva identidad barrial, se incorporaron a la hinchada. En este sentido, Ariel señala:

“Siempre digo que no es un club más, es algo muy barrial, muy pasional. Bueno, creo que al principio igual era más barrial. Ahora creció de los límites de Laferrere. Ahora no es nada más Laferrere. Ahora es los kilómetros también¹⁵” (Entrevista personal, 2014).

Cuando Ariel marca enfáticamente que los límites del territorio propio ya no se circunscriben a la ciudad, sino que se han ampliado a otras localidades y ciudades, está exhibiendo el “territorio conquistado” para sí, como una característica positiva.

A pesar de este proceso de ampliación, la centralidad de la ciudad como territorio propio no se ha modificado: si bien se ha ampliado la base territorial de la hinchada, la ciudad, considerada sobre todo en su zona céntrica, y en los alrededores del estadio siguen siendo el territorio exclusivo a proteger de las invasiones externas. En este sentido, la ciudad es el territorio a defender colectivamente de la amenaza externa, mientras que el territorio del adversario es el objetivo a invadir. En esta construcción el pequeño barrio que analizamos más arriba queda postergado, no forma parte de las disputas por el territorio.

¹⁵ “Los Kilómetros” refiere a todos los barrios que se encuentran desde el KM 29 de la Ruta 3 (donde se cruza con la Ruta 21) hasta el KM 47, donde termina La Matanza. Esa distancia abarca las localidades de González Catán y Virrey del Pino.

En los cantitos de la hinchada se remarca permanentemente esta dinámica de defensa del territorio propio – intrusión en el ajeno:

“La que va caminando cuando va a Casanova, va mostrando los trapos porque le sobran bolas.... //Copando Merlo, a Casanova en Caravana (...) y a Laferrere del cagazo nadie viene....// Tiembla Casanova, caminando vamos a volver // Y cuando los villeros van a tu cancha /van todos caminando no lo podes creer....”

La importancia de la protección del territorio expone en estas canciones su relevancia: en estas construcciones ninguna hinchada camina por la Ciudad de Laferrere, mientras que la hinchada de Laferrere “camina a Casanova”¹⁶ y “copa” otros barrios, mayoritariamente Morón y Mataderos, que son los barrios de origen de los contrincantes futbolísticos más cercanos territorialmente, el Deportivo Morón y Nueva Chicago.

La idea de “caminar” hacia Casanova tiene un peso simbólico muy fuerte. Significa que la hinchada de Laferrere invade, viola simbólicamente el territorio propio del otro cuando camina por aquél exhibiendo sus banderas. La misma se repite tanto en los cantitos como en los discursos de los hinchas. En varias charlas informales con hinchas nos fue sugerido buscar en *Youtube* el episodio de “*El Aguante*”¹⁷ en el que este programa acompañó una caravana de la hinchada desde la sede del Deportivo hasta el estadio de Almirante Brown.

La construcción del eje nosotros – ellos, está, en el caso de la hinchada de Laferrere, signada por la alteridad territorial, y basada en lo que Archetti (1985) plantea como el eje de oposición macho – puto. En sus primeros trabajos sobre el fútbol, Archetti señalaba que existía al interior del universo

16 Cuando el fútbol del ascenso aún permitía el público visitante y al Deportivo Laferrere le tocaba enfrentarse de visitante con Almirante Brown, la hinchada salía de la sede e iba “en caravana” caminando hasta la cancha de su contrincante. Esas experiencias quedaron marcadas, sobre todo en el acervo de cantitos de la hinchada, en los que la alusión a las caminatas por Casanova es permanente.

17 El Aguante fue un programa de televisión que se emitió desde 1997 hasta el 2008 en la señal de cable TyCSports. Alabarces y Salerno (2005) lo describen como un manual de instrucciones sobre cómo ser hincha militante de fútbol, que “encubre y silencia los aspectos conflictivos para realzar los carnavalescos” (2005: 14).

simbólico de las hinchadas una doble jerarquización de las identidades masculinas, una vinculada a la virilidad, la fuerza, la violencia, que divide al mundo entre “machos y putos”, y otra, vinculada a la autoridad, la autonomía y la adultez, representada por el polo padre e hijo (Archetti: 1985).

Este segundo polo parece haber desaparecido en la construcción de las identidades aquí analizadas. Los relatos de identidad construyen, en todos los casos, un nosotros macho con “huevos, bolas”, con aguante, que siempre “copa en todos lados” (es decir, ocupa los territorios ajenos), contra otro que es “vigilante”, “puto”, que no tiene aguante, e indefectiblemente, será sometido sexualmente, aniquilado en su existencia física, o ambas cosas. La referencia al polo padre – hijo está significativamente ausente en los cantitos y en los relatos de los hinchas del Deportivo Laferrere.

La juventud de la institución parece influir en esto. Los viejos hinchas son fundadores, y los nuevos hinchas son sus hijos y nietos. Nunca podría, en esta lógica donde la identidad futbolera es entendida como una cualidad de transmisión cuasi biológica, tratarse a un adversario como “hijo”.

Creemos que esta transformación es el resultado del incremento de la legitimidad de los elementos autoritarios, violentos y machistas por sobre los demás al interior del campo de las hinchadas de fútbol: no alcanza ya con ridiculizar al otro, convertirlo en un niño que toma mamadera, sino que es necesario ultrajarlo, someterlo, aniquilarlo. El otro es siempre *puto*, y siempre está por fuera del territorio.

Esto se debe a que la hinchada del Deportivo Laferrere construyó su identidad en gran medida a partir de la alteridad territorial. Por oposición, además, al otro club “grande” de La Matanza, Almirante Brown, cuya fundación es anterior a la del Deportivo. Esa alteridad tiene su base en la cercanía geográfica de los barrios en los cuales se emplaza cada institución, teniendo en cuenta la escasa distancia que separa a Casanova de Laferrere. Y se agrega, además, que jugaron muchos años en la misma categoría, lo que permitió que esa alteridad se construyera en la presencia del otro.

La alteridad basada en lo territorial es tan fuerte que Casanova y Almirante Brown son usados como sinónimos por los hinchas del Deportivo. Así también sucede con All Boys, Argentino de Merlo, Nueva Chicago y Morón, que son representados en los cantitos de la hinchada a partir de su lugar de emplazamiento (Floresta, Merlo, Mataderos y Morón, respectivamente). Aunque en este caso, el Deportivo Morón, que lleva el mismo nombre de la ciudad en la que se emplaza, cuando no es apelado en tanto territorio, es representado como “Gallo”, en virtud de su apodo. La alteridad se construyó, entonces, en base a la territorialidad, a la que luego se le adicionó una tradición de enfrentamientos deportivos.

En este sentido, la amenaza permanente a ese otro es, mayoritariamente, la amenaza sobre su territorio: la hinchada del Deportivo se representa a si misma caminando y “quemando” el territorio ajeno.

3.4 Los villeros: el plebeyismo del ser laferrerense

Los hinchas más jóvenes del Deportivo Laferrere se refieren a sí mismos, orgullosamente, como “villeros” y a la ciudad, muchas veces, como “la villa”. El apodo lo recibieron de alguna hinchada visitante ya que, yendo por la Ruta 21 hacia el Estadio (único camino posible para llegar a este último) a la vera del camino se ven casas muy humildes, con techos de chapa y paredes sin revocar. Señala Ariel:

“Enfrente de la cancha hay una villita, ahora no se ve tanto. Entonces nos empezaron a decir así. Desde que yo empecé a ir a la cancha ya nos decían así. Además se llegaba a la cancha así en camiones todos rotos, se llegaba como sea, entonces nos decían “estos negros villeros”, quedó el apodo, que nos gusta, nos gusta a todos” (Entrevista personal con el autor, 2014)

El “ser villero” es, para los hinchas más jóvenes, un capital simbólico¹⁸ asociado a la masculinidad. Según Alabarces (2005), en su reivindicación se

¹⁸ Bourdieu describe al capital simbólico como “la única forma posible de acumulación cuando el capital económico no es reconocido” (Bourdieu, 2013: 189, 190, 191). “...es cualquier propiedad (cualquier tipo

invierte el estigma que pesa sobre esa clasificación, volviéndose una cualidad positiva:

La reivindicación de la condición de villeros se considera una señal positiva. Ser villero deja de significar el estigma, la marginación, y se vuelve pura positividad. Porque ser villero, en este paradigma, es sucesivamente tener más aguante, no ser cheto y ser más macho (Alabarces: 2012: 80).

El “ser villero”, entonces, se vuelve un rasgo de identidad que hace más “machos” a los hinchas del Deportivo Laferrere por oposición a otros, “chetos”. Se vincula asimismo al uso de la violencia a través de la fuerza física asociada a los valores de la virilidad, en contraposición a los valores burgueses y femeninos (Bourdieu, 1979: 387).

Es importante señalar que esta reivindicación se da en los hinchas más jóvenes, sobre todo en aquellos que no sobrepasan los 40 años, y no así en los socios de más edad, los vitalicios o los fundadores. Esta diferenciación en la apropiación del “ser villero” como capital simbólico se debe, en gran parte, al contexto histórico y las narrativas en las que cada generación de hinchas del Deportivo forjó su identidad. Los valores del trabajo y el progreso parecen estar aún hoy muy arraigados en esos primeros inmigrantes de clase media trabajadora que hoy orillan los 70, 80 años de edad, que soñaron (y en buena parte lograron) el chalet con techo a dos aguas y el hijo profesional como paradigma de la movilidad social ascendente; así como también en sus hijos, nacidos en la década de 1950, cuando existía aún una fuerte narrativa del Estado de Bienestar como garante de los derechos individuales y colectivos, y las narrativas patrias no habían entrado aún en su ocaso final. Para este grupo de hinchas el “ser villero” aún conserva el sentido del insulto de su significación primigenia, sigue siendo puro estigma.

de capital físico, económico, cultural, social) cuando es percibida por agentes sociales cuyas categorías de percepción son de tal naturaleza que les permite conocerla (distinguir) y reconocerla, conferirle algún valor” (Bourdieu, 1997: 108). Está relacionado con las deudas de honor, y los derechos y deberes que estas conllevan. Si bien puede tener valor en el mercado, como señalamos en relación a las prácticas de sicarización (Fernández y Ferrereiro, 2005) lo tiene en tanto capital económico *negado*.

En los más jóvenes, en cambio, no aparece esta contradicción. Todo lo contrario: algunos hinchas con los que se tomó contacto para este trabajo viven en “el barrio de los tanos”, Villa Giardino, el barrio céntrico de la Ciudad. Proviene de familias de clase media y profesionales, pero al momento de representarse a si mismos en tanto hinchas se reivindican como “villeros”.

Si en la constitución de la identidad hay alteridad y jerarquización, podemos decir que en este caso la pirámide de jerarquización invierte su lógica. En clave de Bourdieu, es posible afirmar que se rompe la lógica de la jerarquización dominado – dominante (burgués – villero) y es reemplaza por una “lógica – práctica” donde ser de la villa es un capital simbólico asociado a la masculinidad. Cuanto más villero, más macho se es, más aguante¹⁹ se tiene. Y esta lógica se extiende a los límites de toda la ciudad cuando sus hinchas la señalan, afectivamente, como “la villa”.

Aquello que es un estigma (vivir en una villa, ser un villero) se vuelve en la lógica del aguante un capital a reivindicar, incluso por aquellos que no son portadores, como los sectores medios que señalamos más arriba, del estigma. Vale preguntarse aquí si esta lógica expresa elementos disruptivos, si la autoafirmación de “villero” (una forma de vida estigmatizada en relación a los valores burgueses de vivienda y urbanización) conlleva una carga subversiva.

La “villa miseria” es el nombre nativo con el que se denominan los barrios de emergencia, donde no hay acceso a los servicios públicos y su surgimiento nace de la imposibilidad del acceso a la vivienda. Muchos de ellos se instituyeron en terrenos fiscales o abandonados, con casas precarias, y habitantes mayoritariamente provenientes del interior del país. Provenir o vivir en una villa miseria se constituye un “atributo profundamente desacreditador” (Goffman, 1995: 13). La mayoría de sus habitantes esconde esta procedencia, por ejemplo, declarando otro domicilio en el documento, en la escuela o el trabajo. Sin embargo, en el campo de nuestro análisis, esta procedencia es exaltada, como un capital.

¹⁹ El aguante es una categoría muy compleja, que puede ser definida a grandes rasgos como una ética, una retórica y una estética, que rige en tanto lógica de las prácticas el campo de las hinchadas de fútbol argentino (Alabarces. 2012). Su relación con la hinchada del deportivo será largamente trabajada en el Capítulo 4 de este trabajo “La Hinchada”.

Volvemos a la pregunta que abre Bourdieu (1988) ¿la resistencia puede ser alienante y la sumisión liberadora? ¿Resisten, en este caso, a la dominación al proclamar aquello por lo que son dominados en términos materiales en la lógica de las jerarquías hegemónicas?

Creemos que no. Porque la inversión del sentido del estigma no conlleva una apuesta política: su resignificación y apropiación se acota al campo de las hinchadas de fútbol, y no logra perforar ese cerco. En este sentido, retomamos a Garriga Zucal (2005) cuando señala, refiriéndose a las prácticas violentas de las hinchadas de fútbol:

No podemos afirmar que la elección de la práctica violenta sea un acto de resistencia contra-hegemónica, pero sí que es un acto de disputa entre sectores sociales, disputas en torno a los significados del cuerpo, de la violencia, el género, etc. (Garriga Zucal 2005: 58).

La reivindicación del ser villero, entendida entonces como un acto de disputa con los sentidos hegemónicos, se afirma asociada a la virilidad en tanto moral y ética del “macho”, pero sólo se exhibirá en ciertos ámbitos, aquellos donde ser villero y tener aguante es legítimo, donde se vuelve una marca de honor: el campo de las hinchadas de fútbol. Allí se construye una lógica de las prácticas masculinas que es diferente a la hegemónica, pero que no es, definitivamente, contra hegemónica.

Esta construcción, en torno a la compleja categoría “el aguante”, será trabajada en el próximo capítulo de este trabajo “La Hinchada”. En él, analizaremos cómo las narrativas y la importancia del territorio que hemos trabajado hasta aquí atraviesan las prácticas y actúan como parámetros de las acciones legítimas al interior de esa identidad.

Capítulo 4. La hinchada: Son todos guapos se la aguantan de verdad

*“Lafe juega de noche y al ser muchos,
mucho gente, parece como que te
entierra.”*

Lautaro, jugador del Deportivo
Laferriere

Hemos analizado hasta aquí la construcción de la identidad barrial auto referida como el ser laferrerense a la luz de las narrativas fundacionales de la Ciudad y del Club Social y Cultural Deportivo Laferriere. Asimismo, hemos dado cuenta de la profunda imbricación de la identidad local con el territorio en el que se constituye y reproduce. Y también hemos señalado el rol fundamental que el fútbol, como práctica social y encarnado en el Deportivo Laferriere en tanto institución, ha jugado en la construcción de esa identidad en disputa que describimos como el ser laferrerense.

En este capítulo trabajaremos en profundidad sobre una categoría que ya ha aparecido en este trabajo, atravesada por las narrativas de identidad y por la imbricación que existe entre esta última y el territorio. Esta categoría es el *aguante*.

En el *aguante* aparece la exhibición del cuerpo en tanto dimensión comunicativa. En este apartado no son los paredones ni los espacios los que comunican, sino, el propio cuerpo de los hinchas y sus prácticas. Son sus formas de organización, los intersticios de sus discursos, la forma en que se construyen a si mismos y se muestran, enmarcados en una lógica que tiene sus propias reglas, pero que al mismo tiempo, está normada por las narrativas de su identidad, por los procesos de constitución identitaria que hemos señalado.

El aguante es un término nativo, nacido en el campo de las hinchadas del fútbol argentino en los años ´80, que organiza gran parte de las prácticas y los sentidos del mismo:

Aguantar es poner el cuerpo. (...) el cuerpo puede ponerse de muchas maneras. Puede ser alentando incesantemente, yendo a la cancha de

local o de visitante, soportando las incomodidades más absurdas, aguantando –he aquí su uso inocente- la lluvia, el frío, el calor. En todos los casos, el cuerpo aparece como protagonista. No se aguanta si no aparece el cuerpo soportando un daño, sean golpes, heridas, o más simplemente, condiciones indeseables como afonías, resfríos, insolaciones, etcétera (Alabarces, 2012: 72).

Establece una lógica de prácticas y jerarquías masculinas, diferentes de las hegemónicas, que establecen los parámetros de comportamiento y de legitimidades al interior del campo en el que se desarrollan. Alabarces agrega que el aguante tiene varias dimensiones: una retórica, una estética y una ética:

Es una retórica porque se estructura como un lenguaje, como una serie de metáforas (...). Una estética porque se piensa como una forma de belleza, como una forma plebeya basada en un tipo de cuerpos radicalmente distintos a los hegemónicos y aceptados. (...) Y es una ética porque el aguante es ante todo una categoría moral, una manera de entender el mundo, de dividirlo entre amigos y enemigos (...) (2012: 73).

Existen dos tipos de aguante. El primero, vinculado al aliento y el acompañamiento del equipo del que se es hincha. Una hinchada se define como aguantadora cuando acompaña siempre al equipo, le vaya bien o le vaya mal, en una muestra de fidelidad y amor por éste. Este modo de aguantar se construye en el acompañamiento del equipo cuando este juega de visitante en otros estadios, y también en el propio estadio, a través del aliento al equipo que se manifiesta en las canciones con las que la hinchada lo arenga a lo largo de todo el encuentro deportivo. Anclado en un contrato pasional, de fidelidad absoluta, este tipo de aguante es apropiado por gran parte de la hinchada, y pone de manifiesto el esfuerzo, económico y físico, de viajar y estar presente, a costo de hacerlo en situaciones penosas o riesgosas, y de soportar condiciones adversas, como viajar en camiones, o alentar al rayo del sol o bajo una lluvia

torrencial. En relación a esta dimensión del aguante, uno de los cantitos más populares del Deportivo Laferrere señala que *la hinchada que nunca abandona es la de Laferrere*.

En el segundo tipo de aguante, éste aparece ligado el ejercicio de la violencia (física, y no ya simbólica) en un sistema moral vinculado al cuerpo y a la masculinidad. Este aguante se ejerce a través del enfrentamiento físico, el combate cuerpo a cuerpo. En él se ponen de manifiesto los saberes de la lucha callejera, y la resistencia física al dolor que provocan los golpes, así como también la resistencia al uso de drogas y alcohol. El honor, capital simbólico puesto en juego, se mide poniendo el cuerpo.

Nos interesa señalar aquí cómo estas dimensiones aparecen en las representaciones que los hinchas construyen de si mismos. Es por eso que en este apartado, a diferencia de los anteriores donde aparecen las marcas que se dejan en los espacios, aparecen también, con mucha fuerza, las voces de los hinchas, construyéndose a si mismos.

Creemos, tal como señalamos anteriormente, y siguiendo las teorías de la comunicación interaccional, que *todo comunica*. En este sentido, el cuerpo, puesto a jugar en la lógica del aguante, también comunica. Y estamos convencidos, también, de que la hinchada del Deportivo Laferrere se apropia de las lógicas del aguante y las resignifica, dándole en sus exhibiciones la impronta particular de su constitución identitaria.

En este sentido, cuando le preguntamos a Mariano, uno de los hinchas entrevistados durante esta investigación, cuál era la característica que definía a la hinchada del Deportivo Laferrere, éste señaló dos cuestiones. La primera, vinculada al aguante como aliento, “que es muy *seguidora*”. Sin embargo, Mariano señala también otra característica, que pone de manifiesto al aguante como capacidad de combate. Resalta “que cuando se tienen que *“plantar”²⁰*”, se *plantan* todos”:

²⁰ Plantarse es el término nativo que significa enfrentar al adversario de cara a un enfrentamiento físico. Cuando Mariano dice que se *plantan* todos señala que toda la hinchada, en caso de ser necesario, se predispone para el combate cuerpo a cuerpo.

“La hinchada de Lafe se define por ser muy seguidora, yo desde que tengo noción de ir a la cancha, siempre estuvo llena. Vaya último, vaya primero, juegue el lunes a las 2 de la tarde o a las 11 de la mañana, la gente siempre está presente. (...) Y otra cosa que tiene es que siempre van al frente, sean quinientos que van de visitantes esos quinientos siempre se plantaron (...) Así sean quinientos, mil, tres mil o cinco mil, van todos al frente, y eso es lo que los caracterizó siempre” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En la descripción de Mariano aparecen los dos tipo de aguante: el primero, relacionado con la presencia física de la hinchada siguiendo al equipo que se pone de manifiesto en los estadios siempre llenos y en el acompañamiento al equipo cuando el fútbol del ascenso permitía el público visitante.

Cuando aparece el segundo tipo de aguante, este lo hace marcado por las narrativas de identidad. En esa insistencia en marcar que “van todos al frente”, sin importar las jerarquías ni las pertenencias territoriales cuando se combate por el honor, se vislumbran las narrativas de horizontalidad y del sentido comunitario.

Esta construcción no se observa sólo en los discursos de los hinchas, sino también, en sus prácticas. La participación masiva de hinchas del Deportivo Laferrere en combates cuerpo a cuerpo le han valido la reputación, en ciertos discursos mediáticos e institucionales (y por cierto muy valorada al interior de su hinchada), de “la barra brava más grande del país²¹”.

A continuación, trabajaremos sobre cómo las narrativas de identidad que describimos en los capítulos anteriores de este trabajo, así como su profunda imbricación territorial, determinan las representaciones que los hinchas del

²¹ Declaraciones de Alejandro Rodríguez, ex Secretario de Deportes de la Provincia de Buenos Aires, en Infobae, Martes 3 de Marzo de 2015.

Deportivo Laferrere hacen de si mismos, así como sus prácticas y formas de exhibición.

4.1. La Barra Brava más grande país (o cómo las narrativas de identidad atraviesan el aguante)

"No eran más de 200 *simpatizantes* que no habían comprado sus entradas pero que sí o sí querían entrar, y arremeten contra ese escalón de Infantería que teníamos en el lugar. Pero ahí sucede algo que realmente habla de la irracionalidad. El resto de la barra, y estamos hablando de miles de personas, sale de la cancha y deja a esos efectivos totalmente encerrados"

Hugo Maztkin, ex Jefe de la Policía Bonaerense

Definimos al aguante, entonces, como una lógica que organiza y otorga sentido a las prácticas al interior del campo de las hinchadas de fútbol. Es en relación a este concepto que las prácticas de las hinchadas se comprenden como válidas al interior de un sistema particular de valores, diferentes de los hegemónicos, donde se pone en juego el honor y la masculinidad:

"(...) un mundo moral según el cual defender el honor, el territorio, la tradición, el orgullo del barrio, el equipo y los colores es tarea de machos que debe ser ejecutada con el cuerpo a partir de una serie de prácticas especialmente violentas: el combate, la pelea" (Alabarces, 2014: 150).

Es una práctica alternativa, cuya retórica y organización tiene origen en los sectores populares, que disputa los sentidos del cuerpo y de la masculinidad hegemónicos y se pone de manifiesto en un campo particular y en determinados momentos, donde se vuelve legítimo exhibirlos.

En el caso de la hinchada del Deportivo Laferrere, el aguante se practica anclado en las narrativas del sentido comunitario, de la horizontalidad y el

plebeyismo. Y también, arraigado a una territorialidad demarca una serie de legitimidades y modos de hacer y exhibirse que le son propias.

El Deportivo Laferrere nace en 1956, dos años antes del evento que inaugura “la etapa moderna de la violencia en el fútbol” (Alabarces 2012: 26): la muerte del hincha de Vélez Alberto Linker en 1958 a manos de la policía, en un River – Vélez.

Es, a comparación de otros clubes que militan en la misma categoría, una institución joven. Sin embargo, la masividad y la capacidad de “combate” de su hinchada le han otorgado cierto reconocimiento al interior del campo de las hinchadas de fútbol argentino. Esta característica no sólo es señalada por los hinchas del Deportivo, sino también, por otros actores del campo, e incluso, por ciertos discursos periodísticos: un artículo recolectado durante nuestra investigación destaca “el asombroso poder de la barra brava de Laferrere, la de más integrantes de la Argentina²²”.

Esta caracterización es, como indicamos anteriormente, muy valorada al interior de la hinchada. En los encuentros con hinchas del Deportivo Laferrere aparece recurrentemente el aguante como lealtad, plasmada por estadios repletos aún en las peores campañas, en el descenso y en la quiebra. Y el aguante, por otro lado, como capacidad de combate de su hinchada. De *toda* su hinchada.

Entendemos aquí que la ausencia de logros deportivos del club le otorga una relevancia fundamental al rol que ésta cumple: faltos de títulos, la grandeza del club recae en gran medida en el aguante del que su hinchada es capaz. El *slogan* de la institución lo pone de manifiesto al señalar que es “grande por su gente”. Los relatos de sus hinchas remarcan esta característica permanentemente: “es un equipo chico, con una hinchada grande (...) la magnitud de la hinchada de Laferrere es impresionante” (Mariano, entrevista personal con el autor, 2014).

²² Infobae, Martes 3 de Marzo de 2015.

Lautaro, jugador del Deportivo Laferrere, quien pasó por varios clubes del ascenso antes de llegar a la institución, señala, desde su rol pretendidamente neutral, que:

“Lafe tiene una particularidad, que mas allá de que todas las hinchadas son fieles, la de Lafe no importa en que numero de la tabla están, le vaya o bien o le vaya mal, la gente va y son muchos. Obviamente te exigen, porque es un club grande que a mi entender no está para la categoría donde está transitando” (Entrevista personal con el autor, 2015).

En otro encuentro, Ariel, hincha del Deportivo señala en el mismo sentido:

“Fuimos creciendo sin logros deportivos. Porque, está bien, en los 90 estuvimos en el Nacional B, y de ahí en más el descenso a la Primera B, a la C. Nos tocó ascender en el 2002 y estuvimos 3 años nada más. En el 2005 volvimos a descender, ahora hace 9 años que estamos en la cuarta categoría del fútbol argentino. Y sin embargo la masa sigue creciendo. Hay muchos chiquititos, muchos que se van haciendo de grandes. Es la pasión, la pasión de Laferrere, y cada vez se agranda más. Con eso ¿no? Sin logros deportivos, sólo con ver la gente, con ver la hinchada” (Entrevista personal con el autor, 2014)

El aguante cumple entonces un rol fundamental en la identidad de los hinchas del Deportivo: su caracterización de hinchada aguantadora es la que legitima la grandeza de la institución. Pero también lo hace el aguante en su segunda definición, el aguante en tanto capacidad de combate, que está fuertemente atravesado por las narrativas del sentido comunitario y la horizontalidad: este último es señalado como un capital de todo el conjunto de simpatizantes e hinchas, de toda la hinchada, que pone el cuerpo en cada

encuentro, y no como una característica de un grupo reducido, señalado como la *hinchada*.²³

Esta caracterización se da tanto en los discursos de los miembros más orgánicos de la *hinchada*, como en otros hinchas que no tienen ninguna relación con esta última. Al respecto, Mariano señala:

“Siempre que se arma quilombo con la policía o cuando se arma quilombo con cualquier otra hinchada, no son los barras los que van a ir al frente solamente, es toda la hinchada la que va, y si se comen palazos de la policía, se los come la hinchada, no es que va a ir la barra sola. (...) Por eso siempre tratan de separar esa distancia que hay entre la barra y están todos juntos” (Entrevista personal con el autor, 2014).

Esta particularidad hizo que al inicio de esta investigación se hiciera difícil identificar las divisiones al interior de la hinchada: el discurso general de horizontalidad, reforzado por la idea de que *no tiene jefes, no tiene ningún capo, son todos guapos se la aguantan de verdad* (cantito de la hinchada que suele repetirse varias veces en cada encuentro futbolístico), sumado al hermetismo del grupo de hinchas que se identificaba con la *hinchada*, empantanaron en gran medida la investigación.

Sin embargo, al cabo de unas semanas, entendimos porqué: la *hinchada* del Deportivo (conducida por la *Eterna Banda Villera*) había ingresado, en los meses anteriores al comienzo de nuestra investigación, en un proceso de disputa por su conducción y *los pibes de los barrios unidos* (el grupo que encabezaba la disputa) apelaba a *las narrativas fundacionales de horizontalidad y sentido comunitario* para legitimarse no sólo en la conducción

²³ Se opta por el término *hinchada*, en tanto término nativo “con que se identifican una parte de los simpatizantes del club, refiriéndose a los grupos organizados” (Garriga Zucal, 2006: 39). El término barra o barra brava, si bien aparece varias veces en las entrevistas realizadas, conlleva una carga estigmatizante que, al igual que Garriga Zucal, no queremos reproducir aquí.

de la misma, sino también con el conjunto de la hinchada y hacia fuera de la institución.

Por este motivo, en nuestros encuentros²⁴, las actuaciones de los miembros de la *hinchada* jerarquizaron siempre su rol protector sobre la hinchada y la honestidad en su gestión, apelando en gran medida a las narrativas de la horizontalidad y el sentido comunitario, diferenciándose siempre de la anterior conducción, la *Eterna Banda Villera*.

Esa conducta expresiva jerarquiza la exhibición de un rasgo de esa identidad para esa situación comunicacional particular: los rasgos violentos, exhibidos y legítimos en otros ámbitos, eran mayoritariamente ocultos en nuestros encuentros. Esto pone de manifiesto, además, el carácter no contra hegemónico de esa lógica: la exhibición de los capitales del aguante se reduce determinados ámbitos donde son legítimos. De cara a su interlocutora, los rasgos exhibidos son los más cercanos a los hegemónicos: el rol protector masculino sobre la mujer y las familias.

No queremos dejar de señalar que la actuación de ese rol protector es honesta. Ese rasgo de identidad (la hinchada como protectora) es parte de lo que una hinchada espera y legitima de ellos. Como señala Garriga Zucal “la banda protege a los simpatizantes de su club de los ultrajes de las hinchadas contrarias y de las fuerzas policiales” (2006: 46). En ese sentido, la exhibición busca ser pertinente ocultando los rasgos violentos y realzando los protectores de esa lógica masculina de cara a su interlocutora: mujer, hincha poco comprometida y oriunda del primer cordón del conurbano.

²⁴ La situación comunicacional fue, en esos casos, lo que Goffman (1959) describe como una guerra fría: una joven estudiante universitaria de San Justo se reúne con hinchas del Deportivo Laferrere, oriundos mayoritariamente de los barrios Independencia y Las Casitas de González Catán, para indagar en la lógica del aguante, y estos, visiblemente incómodos ante las preguntas sobre la *hinchada*, responden desde su rol de garantes de la seguridad de las familias que asisten al estadio: cuestionarios que intentan profundizar en los negocios de la *hinchada* y sus relaciones con los actores políticos e institucionales, se chocaban de frente con su actuación de *buenos pibes*. Nuestros diálogos terminaban siempre en que *los pibes nuevos* quieren lo mejor para el club y, fundamentalmente que las familias vayan tranquilas a la cancha.

Otro aspecto, remarcado permanentemente, era el de su “independencia” de los actores políticos locales y de la dirigencia, que será tratado en el próximo apartado.

4.2 Independencia económica y soberanía política (o el plebeyismo en las representaciones de la hinchada)

A diferencia de otras *hinchadas* conocidas por sus relaciones con el poder político²⁵, la *hinchada* del Deportivo Laferrere se ha representado a sí misma siempre como cultora de cierta “independencia política”, a pesar de ser muy cercana al peronismo, que gobierna La Matanza sin interrupciones desde la vuelta de la democracia. Creemos, consecuentemente, que esta representación que hacen de sí mismos es el correlato de una construcción identitaria basada en las narrativas de identidad donde prima el esfuerzo comunitario y la falta de recursos por sobre cualquier relación con las instituciones: “a Laferrere lo hizo su gente” dirían los vitalicios.

A pesar de las representaciones que hacen los hinchas de sí mismos, la *Eterna Banda Villera* construyó una relación estable con el Partido Justicialista basada en su necesidad de mantener las *combis* y los *cerocincuenta* lejos de los inspectores de tránsito. El acuerdo político es implícito: manejan todo el transporte ilegal de pasajeros de una ciudad en la que viven casi 600.000 personas. Se dice de este negocio, no menor, que recauda 30 millones de pesos al año.

Tienen también algún grado de relación con Julio Ledesma²⁶, jefe de la seccional Oeste del Sindicato de Empleados y Obreros de Comercio y Afines

²⁵ Un caso paradigmático en La Matanza es la *hinchada* de Almirante Brown, que tiene un claro acuerdo con el partido gobernante. En el acto de asunción del ex Intendente Fernando Espinoza en 2011, la *Banda Mostro* (*hinchada* de Almirante) llevó a la Plaza de San Justo una bandera de enormes dimensiones, donde con los colores del club aurinegro se destacaba la leyenda “Fernando, éxitos en tu gestión”.

²⁶ Ledesma es un reconocido dirigente político local, que inició su carrera política en el Partido Justicialista, fue kirchnerista a ultranza (su mérito fue haber sido el primer dirigente político en llevar a Néstor Kirchner a La Matanza), luego apoyó al ex Diputado Francisco De Narváez, y finalmente, en las elecciones de 2015 fue el candidato a Intendente en La Matanza por el Frente Renovador, conducido por Sergio Massa.

(SEOCA). Este sindicato es auspiciante del Club (lo es también de Almirante Brown y de Ituzaingo). Así como de la institución como sponsor, también supo ser auspiciante de la *hinchada*: varias veces en los últimos años se desplegaron en la popular *telones*²⁷ con el sello “SEOCA”.

Podemos señalar que las prácticas y relaciones políticas de la *Eterna Banda Villera* se inscribían en una lógica más cercana a la del patronazgo (Ferreiro y Fernández, 2006: 196), donde existe una relación relativamente estable de intercambios entre este grupo y los actores políticos locales. Los *pibes de los barrios unidos* en cambio, responden a una lógica de sicarización, donde la violencia, entendida como valor de cambio, es sometida a la “libre concurrencia de oferta y demanda” (Ferreiro y Fernández, 2006: 196).

Creemos que en esta construcción de pretendida independencia política subyacen las narrativas de su identidad, donde se valora la capacidad autogestiva, y la independencia del poder político como un rasgo positivo, y en tanto lógica de sumisión política, la lógica del patronazgo es rechazada.

En este sentido, señalamos lo que José González, socio vitalicio, nos respondía cuando le preguntamos sobre las relaciones políticas en el origen del club: “Es que acá la gente dejó de lado la política para amar al club. Porque si tenía alguna inclinación política se daba la rivalidad, entre este, aquél. No acá todos luchábamos por lo mismo, por el club” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En una charla con Mariano, sobre este tema, señalaba que la *hinchada* estaba abierta a establecer relación con actores políticos, de cara al período electoral, pero al mismo tiempo aclaraba (contradictoriamente para quien lo escuchaba, pero en perfecta lógica para él) que eso no es “tener una relación política”.

Esto permite confirmar nuestra hipótesis sobre las características de sicarización que estableció la nueva *hinchada*: “Vos sabes como esto, a veces

²⁷ Telón es la palabra nativa con la que se describen las banderas de gran tamaño que, desplegadas, cubren toda la hinchada. Las mismas suelen desplegarse al comienzo del encuentro futbolístico, y su despliegue es acompañado por pirotecnia, papelitos, etc.

pinta por algún beneficio y va. Pero no, no. Con relación política, no. Esperemos cuando lleguen las elecciones a ver que hacen los chicos nuevos que están en la barra” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En esta construcción es posible observar como las narrativas de identidad determinan las representaciones legítimas de la hinchada, aún cuando éstas son contrarias a lo que efectivamente sucede. El relato de “apoliticismo” o independencia del poder político construye un deber ser y un tipo de prácticas legítimas, y es sostenido aún por quienes se encuentran insertos en relaciones de patronazgo o de sicarización con actores políticos o institucionales. Porque como lo señalamos más arriba, estas relaciones existen, pero son negadas como tales.

Al mismo tiempo, esta lógica plebeya de rebelarse contra toda sujeción a los poderes institucionales resulta muy útil a la hora de justificar la falta de logros deportivos. La dirigencia, la AFA, el Intendente y cualquier político que se asome por el club son acusados, sistemáticamente por la hinchada, primero de *mufas*²⁸ y luego de tener algún grado de responsabilidad por los fracasos deportivos del equipo. Cuando se les pregunta a los hinchas porque creen que el Deportivo Laferrere no logra ascender de categoría, las justificaciones siempre tienen un responsable institucional: los dirigentes tiran el equipo para atrás, la AFA favorece sólo a los amigos, y el Intendente, para colmo de males, es hincha de Almirante Brown.

²⁸ Mufa es el término nativo que describe a una persona asociada a las derrotas del equipo. EL caso del ex Intendente Fernando Espinoza es paradigmático en el Deportivo Laferrere: cada vez que va a la cancha, el equipo pierde.

4.3 Construyendo legitimidades: de la Eterna Banda Villera a los Barrios Unidos (o la importancia del territorio en la construcción de la nueva *hinchada*)

Tal como señalamos más arriba, durante el período de entrevistas y trabajo de campo de esta investigación, la *hinchada* del Deportivo Laferrere se encontraba en un proceso de reestructuración: un grupo de hinchas le había disputado la conducción a la *Eterna Banda Villera*. La histórica conducción de la *hinchada* perdió su jefatura a inicios del 2014 (luego de 30 años), y asumieron la conducción de la misma, sucesivamente, dos grupos de hinchas. Nos referimos a ellos en la forma en la que ellos se autorefieren: *los pibes de los barrios unidos*.

En esta transición, el rol que cumplió el territorio fue fundamental: estamos convencidos de que las disputas al interior de la *hinchada* del Deportivo Laferrere fueron una consecuencia de las transformaciones del espacio social que se dieron en los últimos años. El grupo de hinchas que disputó la conducción de la *hinchada* lo hizo señalando dos elementos y construyendo, a partir de ellos, la falta de legitimidad de la *Eterna Banda Villera* para conducir a la *hinchada*: su falta de representatividad territorial y su alejamiento del resto de la *hinchada*. Mariano señala al respecto: “Hubo un momento, por eso empezaron los conflictos, como que la barra tomaba distancia de la *hinchada* y Laferrere tiene una canción que dice que no, que no tiene jefes, no tiene ningún capo, o sea que no hay barra” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En el relato de Mariano podemos observar las narrativas de horizontalidad y sentido comunitario atravesando la construcción que los mismos hinchas hacen de la transición. El carácter preformativo de las narrativas de identidad se pone aquí de manifiesto: el haber abandonado los marcos de acción legítimo es señalado como una falta que justifica la puesta en cuestión del rol de la *Eterna Banda Villera* en la conducción de la *hinchada*. Y al mismo tiempo que acusa a la conducción anterior de distanciarse de las prácticas legítimas de su identidad, la nueva conducción de la *hinchada* apela a ellas para señalar su propia legitimidad.

Por otro lado, la estrategia de legitimación de *los pibes de los barrios unidos* puede observarse también en sus apelaciones permanentes a la representatividad territorial²⁹, cuando señalan como un logro su capacidad de haber unificado a todos los barrios de la hinchada bajo una misma conducción: “(...) acá se trata de que estén bien todos, de que estén los barrios unidos. Esta barra, lo que logró, es los barrios unidos. (...) Se hacen las reuniones y están todos los barrios unidos” (Ariel, entrevista personal con el autor, 2014).

En este sentido, su apelación a la representatividad territorial los diferencia implícitamente de la *Eterna Banda Villera*, que estuvo siempre muy identificada con la zona céntrica de la Ciudad de LaFerrere: allí viven la mayoría de sus miembros y desarrollaron en gran medida los negocios que aún siguen manejando.

En este sentido, es posible señalar entonces que la ampliación de la base territorial de la hinchada, paralela al crecimiento de la Ciudad, fue responsable del desfasaje en la representatividad de la *Eterna Banda Villera* al interior de la misma.

Por otro lado, aparece también en los relatos el cuestionamiento sobre su rol en tanto hinchas legítimos, dada su vinculación con los negocios locales del transporte y con la dirigencia. En ese sentido, Mariano destaca la relación económica de la *hinchada* con la dirigencia y el malestar que esto provoca en el resto de la hinchada: “O sea, por ahí si, se les habrá dado plata, seguro que si, pero se hablaba de unas 300 lucas, que se fue corriendo la bola, se fue corriendo la bola, y eso generó malestar” (Entrevista personal con el autor, 2014).

En este sentido, podemos inferir que la vinculación económica de la *Eterna Banda Villera* con el territorio y la dirigencia rompió, desde la óptica la hinchada, el compromiso afectivo y de honor de la *hinchada* con la institución, lo que permitió poner en disputa su legitimidad. Al respecto, Alabarces señala que:

²⁹ La imbricación del territorio en la identidad de la hinchada es largamente trabajada en el capítulo anterior de este trabajo. Ver Capítulo 3 “De villeros y paredones”.

“una barra brava, vista desde la óptica de los propios hinchas militantes o activos, se define por una relación económica o política, o ambas a la vez, que mantiene orgánicamente con el club o con parte de sus dirigentes. (...) Desaparece en esta definición el contrato emocional con el club y los colores, para ser resumida en un contrato económico” (2012: 66).

Esta idea es reforzada cuando los miembros de la nueva conducción remarcan su contrato afectivo con el club, y su capacidad de auto gestionarse, diferenciándose implícitamente así de la conducción anterior y apelando a las narrativas de la identidad, vinculadas al esfuerzo comunitario:

“Igual como estamos los barrios unidos nos organizamos para juntar plata, hacemos rifas, no es que decimos a ver, donde están los dirigentes que se pongan que necesitamos una bandera como pasa en otros clubes. Que esté todo en bandeja, no no, todo a pulmón es acá. Ya te digo, porque lo que quiere la barra y quieren los hinchas es que el club crezca, no estar sacándole plata o ciertos beneficios. (...) yo creo que un club crece de esta manera. Con gente que lo quiera, no con gente que quiera venir a hacer su luqueo” (Ariel, entrevista personal con el autor, 2014).

La pérdida de la representatividad territorial, sumada a la ruptura del contrato afectivo con la institución desde la óptica de la hinchada, y el distanciamiento de las prácticas normadas por las narrativas de identidad fueron a nuestro entender los elementos determinantes para que se pusiera en disputa la conducción de la *hinchada*. El proceso de ruptura llevó algunos meses, en los cuales los nuevos grupos que pugnaban por la conducción de la *hinchada* fueron a pedir dos veces su jefatura.

La primera vez lo hicieron, según los relatos que recogimos, llevando a una reunión de la *hinchada* un bolso lleno de armas, y poniéndolo sobre la mesa, exigieron que la *Eterna Banda Villera* diera un paso al costado. Lo que siguió es difuso, dado que existen múltiples versiones. Los miembros de la *hinchada* guardaron celosamente esa información ante nosotros. Una de las versiones señala que uno de los grupos amenazó a través del uso de armas de fuego a un miembro de la *Eterna Banda Villera* en su vivienda, y a partir de allí, esta dio un paso al costado, dejando lugar a los *pibes de los barrios unidos*.

La transición, sin embargo, no terminó allí. Durante algunos meses disputaron entre varios grupos provenientes de diversos barrios quienes ejercerían efectivamente la conducción de la *hinchada*, hasta que luego de un enfrentamiento en el estadio, *los pibes del 26*, acompañados por los *pibes de La Loma* (dos barrios periféricos de la Ciudad) tomaron posesión de la tribuna y echaron a los demás.

Finalmente, y más allá de las particularidades identitarias que señalamos de la hinchada del Deportivo LaFerrere, el conflicto por la conducción interna se resolvió combatiendo, dejando en claro que conduce quien tiene más aguante.

En ese *combate*, *los pibes de los barrios unidos* demostraron, al interior de la hinchada, quien tenía más aguante. Unos meses más tarde encontraron la oportunidad de legitimar su aguante por afuera de la hinchada: en Marzo de 2015 la hinchada del Deportivo LaFerrere, jugando de local en su estadio contra el Sportivo Dock Sud se enfrentó a la hinchada más poderosa del país: la de uniforme (Galvani y Palma, 2006), la policía bonaerense. En ese episodio, más de tres mil hinchas se enfrentaron a un escuadrón de la guardia de infantería.

Las narrativas identitarias aparecen, nuevamente, operando en los cuerpos y las prácticas del aguante en ese episodio: al ver que había incidentes en la calle, miles de hinchas desviaron la atención del encuentro futbolístico y bajaron desde las tribunas hacia la calle, encerrando a los policías, y, como era de esperarse, los molieron a palos.

Pero no, tal como intentamos largamente demostrar en este trabajo, porque sean la “barra brava más grande del país”, ni porque sean delincuentes

(como los describió el ex Gobernador de la Provincia Daniel Scioli en el marco de los incidentes) inadaptados o salvajes, sino porque, en tanto hinchada, su identidad está fuertemente atravesada por lazos de solidaridad, de compañerismo, de sentido comunitario, de horizontalidad.

Porque en la hinchada del Deportivo Laferrere el aguante y sus formas de exhibición están tan marcados por la impronta de su identidad como los paredones de cada esquina de la ciudad. Porque en la lógica de su construcción identitaria, era de esperar que miles de hinchas participaran de los incidentes. Porque “cuando se plantan, se plantan todos”.

Conclusiones

“La belleza más grande es una existencia efectiva”

Naum Gabo - Antoine Pevsner

¿Entonces, en qué quedamos?

¿Qué es, entonces, el ser laferrerense? Es, en gran medida, el refugio idealizado de determinadas identidades, una existencia afectiva, mucho más que efectiva. Porque en definitiva, y esto es lo que intentamos demostrar largamente en este trabajo, su existencia es un imposible: las identidades son construcciones relacionales y están, en nuestro país, atravesadas irremediablemente por el fútbol.

Surgió de la necesidad de construir una historia común que aglutinara a las diversas identidades en pugna, ligada a esa nueva ciudad que estaban fundando, donde la vida social pasaba en gran medida por el club del barrio.

En tanto identidad barrial se constituyó por oposición a otras identidades, profundamente imbricada en su espacio social, y se consolidó en fuertes narrativas de identidad. Tal como señalamos anteriormente, el Deportivo Laferrere jugó un rol preponderante en esa consolidación: a partir de su ingreso a las ligas oficiales en los años ´70 funcionó como el eje aglutinante de las identidades barriales más pequeñas. Permitió la construcción de un nosotros que contuviera todas las identidades particulares de cada pequeño barrio, por oposición a un ellos que se construyó en torno a los rivales de la contienda futbolística.

Para dar cuenta de los procesos de construcción de estas identidades, reconstruimos las narrativas fundacionales del “ser laferrerense”: describimos la narrativa de sentido comunitario, de horizontalidad, y la plebeya. Las encontramos profundamente arraigadas en los espacios y en las prácticas. Descubrimos, así también, su capacidad performativa: las narrativas norman las formas de apropiarse del espacio y construirse a sí mismos de los hinchas del Deportivo Laferrere, así como también norman las conductas legítimas e ilegítimas al interior de ese “nosotros”.

En la construcción de ese nosotros también dimos cuenta de cómo se constituyó la Ciudad de Laferriere como el territorio propio de su hinchada. Pero intentamos en este trabajo ir más allá de esta afirmación, e indagamos en él hasta demostrar que no sólo los alrededores del estadio, las calles y las paredes de la ciudad serán entendidas como territorio a ser defendido, donde se lucha por la apropiación de los capitales y el aguante; sino que, también, las transformaciones ocurridas en el espacio social durante las últimas décadas terminan erigiéndose en factores determinantes de las disputas al interior de la identidad, de las prácticas y sus formas de exhibición legítimas. Estamos convencidos, por esto, de que no hay identidad sin fútbol, pero que menos aún hay identidad sin territorio.

Buscamos, a lo largo de este trabajo, dar cuenta de cómo las marcas que encontramos en el territorio y las narrativas comunican una forma particular de apropiación del espacio, de cómo las jerarquizaciones que descubrimos en torno a los conceptos de gran y pequeño barrio esconden potentes construcciones de sentido. Afirmamos, una y otra vez, que las prácticas comunican sentidos, y que dar cuenta de cómo lo hacen constituye una forma de abordaje, desde lo comunicacional, que puede aportar elementos muy ricos al campo en el que elegimos realizar nuestra investigación.

Señalamos que el “ser laferrerense” logró aglutinar a cada identidad barrial en un nosotros que se erige como tal de cara a la contienda futbolística. Sin embargo, en su interior, conviven las diversas identidades barriales en permanente tensión, signadas por las narrativas fundacionales, pero también por su propia lógica y su origen territorial. Estas identidades fueron constituyendo en los últimos años actores legítimos en la lucha por la hegemonía identitaria: el derrocamiento de la histórica conducción de la *hinchada* del Deportivo Laferriere no es sino una consecuencia de este proceso.

Porque en su hinchada el aguante se practica anclado en las narrativas del sentido comunitario, de la horizontalidad y el plebeyismo. Y también, arraigado a una territorialidad que demarca una serie de legitimidades y modos de hacer y exhibirse que le son propias. La ausencia de logros deportivos, además, le otorga al aguante un rol fundamental en las representaciones que

los hinchas construyen de si mismos: es en su hinchada aguantadora en donde reside la grandeza del club.

Descubrimos, también, que en el caso de la hinchada del Deportivo Laferriere, los polos “padre – hijo” que señalaba Archetti (1985) desaparecieron de la construcción identitaria, para dejar lugar sólo al par “macho – puto” en la construcción de la alteridad. Es posible afirmar, por lo tanto, que los sentidos asociados a la masculinidad, que anteriormente se identificaban en los dos polos arriba señalados, se han concentrado en los elementos más violentos, y que la práctica violenta es, consecuentemente, cada vez más legítima al interior de su campo. Y, también, *fuera de él*.

Afirmamos que las identidades, y con ellas las futbolísticas, son elecciones condicionadas, al decir de Alabarces, “por dos causalidades: la familiar y la territorial” (2014: 43). Y agregamos, por los procesos históricos, las resistencias, las tácticas y estrategias que se juegan en las luchas por la conformación de cada identidad. Que siempre, insistimos, es conflictiva, y está en disputa.

Y se transforma, y al hacerlo, también pone en tensión sus propias narrativas. Y las resignifica. Y se toca con los límites de otras prácticas y otros consumos populares, porque lo popular sólo puede ser entendido en tanto “dimensión de lo subalterno en la economía simbólica” (Alabarces, Salerno, Silba y Spataro, 2008: 32).

Entonces, el fútbol, nuestra puerta de entrada para dar cuenta de los procesos de construcción de la identidad en los sectores populares, se enmarca en un mapa cultural más amplio, donde también aparecen otras prácticas, y los problemas que aquí planteamos se complejizan (aún más).

Las preguntas que quedan abiertas: el ser laferrerense y la identidad villera

Es necesario señalar que durante la realización de este trabajo apareció frente a nosotros una y otra vez la complejidad de cierta identidad, que vamos a señalar como identidad villera. Identidad que es plebeya y resistente por “posición” (está en las antípodas de los valores burgueses), que supo poseer potencial impugnador y vocación de transformación política, pero que en algún momento de la década de los ´90 quedó relegada en gran medida a una estética y a un género musical: la cumbia villera.

Creemos que hay, al interior del “ser laferrerense” un fuerte componente de esto que describimos como identidad villera, que está presente en las narrativas plebeyas de la identidad, pero que no se agota allí, porque tal como señalamos más arriba, el fútbol es sólo una de las puertas de entrada al universo simbólico en el construyen sentido los sectores populares.

Embarcados en el proceso de desentrañar las narrativas plebeyas descubrimos también que algo cambió en esa identidad villera durante los años ´90. El ser villero constituía, anteriormente, un estigma que era mayoritariamente ocultado por los habitantes de las villas de emergencia: se ocultaba en el domicilio que se declaraba en el documento, en la parada del colectivo en la que se elegía bajar, en el trabajo y en la escuela. Sin embargo, en algún momento la identidad villera se apropió de su propio estigma. Ese momento coincide con la masificación del consumo de la cumbia villera, que no constituye, para nada, una reacción cultural subalterna a la dominación, sino, muy por el contrario, una hábil operación de mercado (Alabarces, Salerno, Silba y Spataro, 2008: 49).

La cumbia villera redujo la irreverencia de su identidad a una caricatura de consumos abusivos de alcohol y drogas, y al delito menor. Su única potencia impugnadora se limitó a la revulsión que la narración de estas prácticas provocaba en determinados sectores. Y así, algunos años más tarde, Pablito Lescano y el Pepo (íconos del género) llegaron a los especiales de Canal Encuentro (el canal de televisión del Ministerio de Educación de la Nación).

Y mientras la cumbia villera se transformaba en un fenómeno de masas ¿qué pasaba con esa identidad villera?

Su potencialidad política, forjada sobre todo a partir de los años ´70 (cuando se establecen en forma masiva las villas de emergencia en el conurbano bonaerense por la erradicación de las mismas de la Capital Federal), fue limitada en sus aspectos contestatarios (su capacidad de organización política, sus lazos de solidaridad) y reducida a una serie de prácticas delictivas y consumos abusivos. Sin embargo, estamos convencidos que algo de la capacidad impugnadora de esa identidad resiste. ¿Cómo es posible sino que jóvenes de clase media, hinchas del Deportivo Laferriere, se reivindiquen a si mismos como “villeros”, apropiándose de un estigma que ni siquiera les pertenece?

Y porque resiste, es que la narrativa plebeya en el Deportivo Laferriere permanece en disputa.

Volvemos a preguntarnos ¿Se disolvió, acaso, esta identidad al interior del campo de las hinchadas de fútbol argentino? ¿Es por eso que ser villero es ser más macho y tener más aguante? Una parte de ella, si, lo hizo, estamos seguros. Porque encontró allí una forma de volverse parte, en el aguante, de un sistema de jerarquías diferente al hegemónico, subalterno, de origen popular. Entonces ¿existe la identidad villera? Y si existe, ¿resiste al interior del aguante? ¿o es, acaso, su exhibición en la lógica del aguante una caricatura más de si misma? No podemos, en esta instancia, no pensar estas preguntas en clave “decerteauciana”, ¿existe, aún, una cultura villera, fuera del gesto que la suprime? Estamos convencidos de que si, pero contestar estas preguntas forma parte, ya, de otra investigación.

Para finalizar: la necesidad de una salida (política)

Estamos convencidos que el desconocimiento (deliberado) de estos procesos sociales es, sin duda, lo que vuelve absolutamente inútil la batería de respuestas políticas e institucionales que se han dado en los últimos años, para unas prácticas que, tal como señalamos más arriba, son perfectamente legítimas (y al mismo tiempo, se vuelven cada vez más hegemónicas) al interior de su campo. Y lo que es aún más preocupante, de otros también.

De Certeau (1996) señala que los dominados establecen tácticas de “escamoteo” para ejercer su libertad aún donde son reprimidos por el poder. Su ganancia está en el tiempo que por medio de la astucia le ganan a un espacio que no es propio. “Lo que gana no lo conserva” (1996: 160) señala De Certeau, su ganancia reside en el instante donde ejerce esa cuota de placer sin ninguna finalidad utilitaria.

Creemos, sin embargo, que las prácticas no hegemónicas que los hinchas exhiben con cuidadoso sentido de la oportunidad *si logran guardar lo que ganan*. Se acumula la ganancia en forma de un capital: el aguante. Y frente unos discursos políticos y mediáticos que se muestran escandalizados ante estas prácticas y se preguntan incesantemente qué hacer con la violencia en el fútbol, esa ganancia se transforma en mercancía y el aguante comienza a aparecer, en tanto lógica, en las más diversas prácticas sociales.

Los episodios de violencia perduran días en la pantalla, las internas de las *hinchadas* (la telenovela Mauro Martín – Rafa Di Zeo en la interna de Boca constituye un bello ejemplo) se vuelven tema de “análisis” hasta de los programas chimenteros de la tarde, mientras que la capacidad violenta de las *hinchadas* circula con tarifas de precios en el campo político.

Mientras tanto, los dirigentes, los medios y la clase política hablan, podemos afirmarlo, *para la tribuna*. Este es el sentido, quizás más que otros, de este trabajo. Creemos en la responsabilidad de la academia como productora de conocimiento. En el aporte que un investigador nativo puede hacerle a esta problemática.

Y creemos, fundamentalmente, en la necesidad de seguir indagando en las prácticas de las hinchadas de fútbol, en cómo éstas se relacionan con las identidades locales, para demostrar, una vez más, que los hinchas de fútbol no son animales, ni inadaptados, ni salvajes, y que ni la tipificación del delito de “barra brava”, ni la creación de fiscalías específicas, ni toda la represión institucional aplicada al mismo tiempo, van a terminar con los episodios violentos en el fútbol.

Se trata, en cambio, de comenzar el largo camino de comprender, desandar, y fundamentalmente, crear nuevas prácticas. Y, en este sentido, nuestra esperanza en la capacidad de los sectores populares para hacerlo es, sin dudas, total.

Bibliografía

Alabarces, Pablo (2008). *Fútbol y Patria*. Buenos Aires: Prometeo.

Alabarces, Pablo (2012). *Crónicas del Aguante*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Alabarces, Pablo (2014). *Héroes, Machos y Patriotas*. Buenos Aires: Aguilar.

Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (2008) comps. *Introducción en Resistencias y Mediaciones*. Buenos Aires: Paidós.

Alabarces, Pablo, Salerno, Daniel, Silba Malvina y Spataro, Carolina (2008) “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia” en *Resistencias y Mediaciones*. Buenos Aires: Paidós.

Archetti, Eduardo (1985). *Fútbol y Ethos*. Buenos Aires: Serie Investigaciones - FLACSO.

Archetti, Eduardo (2003). “Las virtudes nacionales masculinas y las moralidades en el fútbol” y “El imaginario masculino de libertad: el mundo de los pibes y Maradona” en *Masculinidades: futbol, tango y polo en Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.

Bourdieu, Pierre [1993 (1978)]. “Deporte y clase social”, en *Materiales de sociología del deporte*, Ediciones de La piqueta: Madrid.

Bourdieu, Pierre (1979). “La elección de lo necesario” en *La distinción*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, Pierre [2013 (1980)]. *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores: Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre [1990 (1984)]. *Sociología y Cultura*. Distrito Federal: Grijalbo S.A.

Bourdieu, Pierre (1988). “Los usos del pueblo” en *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama.

Contursi, María Eugenia y Ferro, Fabiola (2000) “La Narración: usos y teorías”, Bogotá, Editorial Norma.

De Certeau, Michel (1996): “Introducción”, “Culturas Populares” y “Valerse de: usos y prácticas” en *La Invención de lo cotidiano*. I. Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana.

Doynel, Tomás (2011). Tesina de Grado: *El aguante 2.0*. Carrera de Ciencias de la Comunicación Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Tutor: Cristian Dodaro

Ferreiro, Juan Pablo y Fernández, Federico (2006). “El discreto encanto de la mercancía. Aguante, sicarios y pretores en el fútbol” en *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

Frydenberg, Julio (2011). *Historia Social del Deporte*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Galvani, Mariana y Palma Javier (2006) “La hinchada de uniforme”, en *Hinchadas*. Buenos Aires. Prometeo.

Garriga Zucal, José (2005). “Amigos y no tan amigos. Los integrantes de una hinchada de fútbol y sus relaciones personales” en *Cuadernos del IDES N°7*: Buenos Aires.

Garriga Zucal, José (2006). *Haciendo amigos a las piñas*. Buenos Aires: Prometeo.

Garriga Zucal, José (2006). "Soy macho porque me la aguanto. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino" y "Pibitos chorros, fumancheros y con aguante. El delito, las drogas y la violencia como mecanismos constructores de identidad en una hinchada de fútbol" en *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

Garriga Zucal, José (2010). "Una historia de franceses en la Argentina, una perspectiva ilegítima sobre la cultura legítima" en *Questión: Revista especializada en Periodismo y Comunicación*. Vol. 1 – Número 25.

Gil, Gastón Julián (2002). *Fútbol e Identidades locales: Dilemas de fundación y conflicto en una ciudad feliz*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Goffman, Erving (1959 [1994]). "Actuaciones". En *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Goffman, Erving [1963 (1995)]. *Estigma: la identidad deteriorada*. Avellaneda: Amorrortu Editores.

Gravano, Ariel (2005). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires, Espacio Editorial

Grimson, Alejandro (2001). "Introducción" y "Capítulo 1. Cultura, Nación y Campos de Interlocución" en *Interculturalidad y Comunicación*. Buenos Aires: Norma.

Hall, Edward T. (1999). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI Editores.

Hall, Stuart (2010). *Sin restricciones*. Ecuador: Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar - Envién Editores.

Hoggart, Richard (1957 [1990]). “Ellos y Nosotros”. En *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Grijalbo: México.

Marcus, Juliana (2011). “Apuntes sobre el concepto de identidad” en *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, Volúmen 5 (1), 107-114.

Martini, Stella. (1994) “La comunicación es interacción. Cuando comunicar es hacer: interaccionismo simbólico, Erving Goffman y puestas en juego”. Buenos Aires: Documento de la Cátedra Teoría y Prácticas de la Comunicación II.

Ortiz, Renato (1998). *Otro Territorio*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.

Palma, Javier (2013). *El Yo, la máscara y la industria cultural. “Maravilla” Martínez o la construcción de un héroe*. Publicado en el marco del “Encuentro Panamericano de Comunicación, COMPANAM 2013”, Universidad Nacional de Córdoba, Escuela de Ciencias de la Información. Córdoba, 2013. (http://www.eci.unc.edu.ar/archivos/companam/ponencias/Comunicaci%C3%B3n,%20cultura%20y%20poder/-Unlicensed-Comunicaci%C3%B3n-cultura-y-poder.Palma_.pdf)

Salerno, Daniel (2006). “Apología, estigma y represión. Los hinchas televisados de fútbol” en *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

Silba Malvina y Spataro, Carolina (2008) “Cumbia nena. Letras, relatos y baile según las bailanteras” en *Resistencias y Mediaciones*. Buenos Aires: Paidós.

Szlifman, Javier (2011). Tesina de Grado: La fiesta que no fue. Un análisis sobre los medios de comunicación y la violencia en el fútbol argentino. Carrera de Ciencias de la Comunicación Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Tutor: José Garriga Zucal.

Watzlawick, Paul (1985). “Algunos axiomas de la comunicación humana”, en *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.